

[Leyendo día a día en Levítico](#)

[Las ofrendas levíticas](#)

[Las fiestas solemnes de Jehová](#)

[El día de la expiación en su carácter profético](#)

La carpeta 796 presenta varias imágenes sobre el régimen levítico.

Leyendo día a día en Levítico

R. V. Court

Day by day in the Old Testament

Precious Seed Publications, Reino Unido

Introducción

Repetidas veces leemos en este libro que Dios habló a Moisés, y encontramos detalles de lo que le mandó. El corolario es que Moisés debía “hablar a los hijos de Israel”. No estamos considerando los criterios propios de Moisés, sino las palabras que Dios le comunicó.

Una buena palabra clave para el libro de Levítico es *santidad*. Dios se ocupa aquí de un pueblo a quien ha redimido de servidumbre y llevado a una relación consigo con base en un pacto. En vista de todo lo que ha hecho por ellos, es razonable pensar que harán lo que Él espera de ellos, a saber, que vivan como un pueblo santo.

Sin embargo, esta exigencia de santidad no depende tan sólo de que Él les haya redimido, sino del hecho de que es santo. “Seréis santos, porque yo soy santo”, 11.44. Entre los vecinos paganos de Israel, a menudo la consagración a su deidad incluía ritos inmorales. Para Israel, los requerimientos divinos eran la obediencia y la fe, y un reflejo del carácter santo de Dios en la vida diaria. La norma del Nuevo Testamento es la misma: 1 Pedro 1.16, “Sed vosotros santos, porque yo soy santo”.

El Señor Jesús está prefigurado en el libro. Se ven varias facetas de su Persona y su obra expiatoria en las ofrendas de los primeros capítulos. Véase Hebreos 10.5 al 10: “Sacrificio y ofrenda y holocaustos y expiaciones por el pecado no quisiste, ni te agradaron (las cuales cosas se ofrecen según la ley) ...” El sumo sacerdote Aarón le señala como el gran sumo sacerdote de nuestra profesión, al decir de Hebreos 3.1, 4.14 al 16. Y, las fiestas de Jehová en el capítulo 23 hablan de los triunfos, las facetas y las fases de su obra.

Se nos presenta el pecado en toda su fealdad al contemplar al leproso en los capítulos 13 y 14, pero a la misma vez vemos que Dios hace provisión para la limpieza. Al ver la sangre derramada y esparcida, percibimos la obra de Cristo.

Los capítulos 1 al 10 versan sobre el acceso:

1.1 al 6.7, las cinco ofrendas

6.8 al 7.38, la “ley” de las ofrendas

capítulos 8 al 10, el sacerdocio

Los capítulos 11 al 27 tratan de la santidad:

- alimento puro en el 11; cuerpos puros en el 12 al 14
- hogares puros, 14.33 al 57; hábitos puros en el 15;
- recurso constante a la sangre en el 16
- leyes diversas en los capítulos 17 al 27

capítulo 1

Las ofrendas de olor grato

Eran cinco las ofrendas principales, divididas entre dos clases. Las primeras tres se clasifican como de olor grato, hablando del deleite de Dios en las perfecciones de Cristo y su sumisión voluntaria a la obra de la expiación. Las dos restantes son las ofrendas por el pecado; en ellas se ve el feroz juicio de Dios sobre el pecado en la Persona del sustituto ordenado divinamente. El capítulo 1 versa sobre el holocausto solamente, pero haremos mención breve de la ofrenda vegetal y la ofrenda de paz también.

El holocausto podía ser de un novillo, un carnero, palomas o palominos. Probablemente esto fue para ajustarse al pobre además del rico, pero vemos en tipo oferentes de diversos grados de apreciación de Cristo. El novillo era más costoso que el carnero, y éste más costoso que las aves, pero Dios veía a Cristo en todos ellos, y para Él todos eran de olor grato. Podemos presentar a Dios lo que hemos aprendido de Cristo, pero nuestro conocimiento de Él debería ir en aumento constante de manera que la calidad de nuestra adoración progresa de las aves al carnero al novillo.

La ofrenda vegetal, o la oblación, 2.1 al 16, era una ofrenda sin sangre (“incruenta”); la flor de harina habla de la humanidad perfecta de nuestro amado Señor y el hecho de ofrecerla sobre el altar sugiere la culminación de aquella vida perfecta entre hombres que glorificó plenamente a Dios. Había tres maneras de preparar la oblación: cocida en el horno, cocida en cazuela o cocida en sartén. Estas alternativas pueden sugerir las diversas pruebas a las cuales el Señor fue sujetado: “en horno”, fuera de la vista, sufriendo en mente y espíritu como sólo Dios sabía, v. 4; “en sartén”, las pruebas públicas ante el mundo, v. 5; “en cazuela”, más intenso, la cruz inclusive, v. 7. En todas Él fue perfecto.

La ofrenda de paz, 3.1 al 17, es una acción de gracias por paz ya efectuada, y supone una mayor apreciación espiritual de lo que ha sido realizado a favor nuestro. Dios y el pecador se encuentran en paz en Cristo. Otras Escrituras nos dicen que Él hizo la paz, Colosenses 1.20, y que es nuestra paz, Efesios 2.14. No puede haber paz con Dios salvo sobre la base de lo que Cristo hizo en la cruz.

6.8 al 30, 7.37,38

La ley de las ofrendas

Esta lectura abarca las leyes relacionadas con la actividad sacerdotal para las diversas ofrendas. Este rito detallado era un resguardo contra la introducción de error y la entrada de idolatría. Los versículos 37 y 38 dejan en claro que ni Moisés ni Aarón inventaron estas leyes, sino que eran de Dios mismo. Él no dejó que su pueblo decidiera el proceso de adoración y comunión.

El orden de los sacrificios en estos capítulos difiere ligeramente, pero de manera significativa, de aquel en 1.1 al 6.7. Se ha sugerido que en aquellos capítulos anteriores tenemos el acercamiento del oferente a Dios, pero del 6.8 en adelante la revelación de sí mismo de parte de Dios. En esta revelación el holocausto figura en primer lugar, figura de la ofrenda de Cristo en toda su perfección maravillosa, mientras que la ofrenda de paz figura al final en vez

de en un lugar central. Esto sugiere que el clímax para el oferente es su entrada en lo que se ha hecho suyo, a saber la remoción de toda enemistad y el disfrute de paz. Debemos notar que, de modo excepcional, en la ofrenda de paz se incluía levadura, 7.13. Esto nos hace recordar que, por muy agradecidos que estemos, aun nuestras acciones de gracias están manchadas por el pecado.

Por supuesto, estas leyes no nos gobiernan hoy en día, porque Cristo y su obra son el fin de tales sacrificios y leyes y los han cumplido plenamente. Las ofrendas de antaño no podían perfeccionar a los oferentes, como se observa en Hebreos 9.9, 10.1, pero Cristo ha hecho lo que ellas no podían. "... somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre", Hebreos 10.10.

Como fruto de la salvación que Él nos ha traído, traemos sacrificios espirituales, no gobernados por reglamentos, sino consecuencia del amor que fluye de corazones redimidos. El Nuevo Testamento menciona tres de estos sacrificios:

- nuestros cuerpos, Romanos 12.1: "... que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional". Estos deben ser un sacrificio vivo en contraste con aquellos animales muertos. Debemos usar todas nuestras facultades en servicio devoto a Aquel que murió por nosotros
- nuestra alabanza, Hebreos 13.15: "Ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre". Nuestra conversación, cual fruto de labios, debe testificar a Cristo, no sólo en las reuniones congregacionales, sino en el hablar diario.
- nuestro dinero y nuestros bienes, Hebreos 13.16: "De hacer bien y de la ayuda mutua no os olvidéis; porque de tales sacrificios se agrada Dios". Nótese de este acto de dar es un sacrificio; nos costará algo, pero otros recibirán provecho.

capítulo 8

La consagración de los sacerdotes

En este capítulo Moisés lleva a cabo lo que Dios dispuso en Éxodo 28 y 29. Recién se había levantado el tabernáculo, pero las ofrendas rituales no podían ser efectuadas sin el sacerdocio. Ahora se pone aparte al sumo sacerdote para su obra especial, pero debemos notar la referencia repetida de los hijos de Aarón también, ya que están asociados estrechamente con Él en su función sacerdotal.

No es difícil ver en el sumo sacerdote una presentación anticipada de la obra de nuestro gran sumo sacerdote, Jesús el Hijo de Dios, Hebreos 4.14. Había una obra que solamente Aarón podía hacer, y detalles en el rito de la consagración que le correspondían a él no más y que le señalan como único. Por ejemplo, el aceite fue derramado sobre la cabeza de Aarón antes de que la sangre fuese derramada, pero en el caso de los sacerdotes ésta fue derramada antes de que el aceite fuese rociado. Esta es la secuencia de la salvación. Puede revestirse de significado que en el caso del sumo sacerdote, en el v. 12, el aceite haya sido derramado, mientras que en el v. 30 para los sacerdotes y el sumo sacerdote fue rociado junto con la sangre.

Vemos más de cerca de los hijos de Aarón como sacerdotes y nos damos cuenta de que lo eran debido a una relación con él. Es exactamente la posición nuestra. Los creyentes constituyen un sacerdocio santo para ofrecer sacrificios espirituales a Dios y también un sacerdocio real para proclamar las alabanzas a Dios y a los hombres, 1 Pedro 2.5 al 9. Lo somos por gracia en virtud de nuestra relación con nuestro gran sumo sacerdote, al representar el carácter real (cual Melquisedec) del sacerdote suyo en anticipación de un glorioso día futuro.

Se mató el carnero de consagración cuando los hijos de Aarón fueron consagrados, v. 22, y se puso sangre sobre la oreja derecha, la mano derecha y el pie derecho, v. 24. De allí en adelante el cuerpo entero le pertenecía a Dios en la gran obra del sacerdocio. El privilegio y la responsabilidad que nos han sido dados son que deberíamos ser un vínculo espiritual entre otros y Dios. Vamos a Él por cuenta de otros y vamos a ellos por cuenta de Dios.

capítulo 9

Aarón asume sus funciones

Al considerar los detalles de este capítulo debemos evitar un intento a forzar un sentido espiritual en cada uno de ellos.

Moisés había llevado a cabo la consagración de los sacerdotes en el capítulo 8 y ahora vemos a Aarón y sus hijos asumiendo las responsabilidades que les fueron asignadas. La gloria de Dios será manifestada solamente al haber sido realizado lo que se manda ahora, vv 6, 23. También es significativo que, antes de que esto fuese una realidad, era necesario hacer sacrificios que reconocían pecado de parte del oferente (el sacrificio por el pecado) y mostrar obediencia a, y placer en, la voluntad de Dios (el holocausto), v. 7. Ambas ofrendas nos dirigen a la obra consumada de Cristo. Obsérvese que el sumo sacerdote Aarón ofreció estos sacrificios por sí además de por sus hijos. Es importante recordar que, por muy exaltados por Dios que seamos, somos todavía pecadores. Por cierto, mientras más cerca al Señor estemos en comunión, más conscientes estamos de nuestra pecaminosidad. Contraste esto con el gran antitipo de Aarón en Hebreos 7.26, *et seq*: "... que no tiene necesidad ... de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados".

Hecha la ofrenda por sí y por sus hijos, Aarón procede a ofrecer por el pueblo. Lo que estamos viendo es Dios echando un fundamento santo sobre el cual puede actuar con misericordia y gracia para revelarse. Terminado todo el rito, se ve a Aarón bendiciendo el pueblo con manos alzadas, v. 22. (Fue en esta postura que los discípulos vieron a su Señor por vez última al dejarlos y volver al cielo, Lucas 24.50,51).

Es probable que Aarón haya usado las palabras hermosas que encontramos en Números 6.24 al 26. ("Jehová te bendiga, y te guarde; Jehová haga resplandecer su rostro sobre ti, y tenga de ti misericordia; Jehová alce sobre ti su rostro, y ponga en ti paz"). Al ser así, se ve la plenitud de la bendición divina fluyendo del ministerio ante el altar. Posiblemente el v. 23 declare que en este momento Moisés le entregó a Aarón la responsabilidad plena por el ordenamiento del tabernáculo y las ofrendas. Al salir ellos del tabernáculo, la gloria de Jehová fue revelado, así como se había prometido, y el fuego suyo consumió el holocausto sobre el altar.

El hecho de escoger esta ofrenda, a diferencia de alguna otra, hace ver la complacencia de Dios en lo que hablaba tan claramente de su Hijo bien amado, y que le hacía al Padre pensar en la determinación del Hijo a hacer a lo sumo todo lo que le agradaría a Él. Hay condiciones por cumplirse para que Dios se manifieste entre su pueblo.

capítulo 10

Fuego extraño

Los primeros versículos de este capítulo presentan un gran contraste con los últimos del capítulo 9. Allí, por cuanto se había hecho todo conforme el Señor mandó, el fuego suyo cayó y consumió la ofrenda, y el pueblo "alabaron, y se postraron sobre sus rostros". El suceso trágico del 10.1,2 ("ofrecieron a Dios fuego extraño") sigue de inmediato y mancha el día de regocijo. ¿Cómo podría suceder semejante cosa? Podemos comparar este evento con

la entrega de la ley, con todos sus detalles conexos en el monte y la concurrente adoración a un becerro de oro abajo en la llanura.

Posiblemente estos hombres, hijos de Aarón, fueron inspirados por un entusiasmo causado por consumir sidra, como podemos pensar al leer el v. 9. Buscaron impulsivamente sus incensarios y actuaron como “Jehová nunca les mandó”, v. 1. Tomaron su propio fuego, a saber, no el que venía del altar de bronce, que había sido encendido por Dios, 16.12, y probablemente su propio incienso, cosa prohibida según Éxodo 30.9. Adicionalmente, no actuaron conforme con un precepto divino.

Nadab y Abuú habían tenido el privilegio de ver la gloria del Señor en el monte, Éxodo 24.1, 9 al 11, pero tristemente han perdido aquella visión y ahora prevalece la voluntad propia. El Señor actúa en juicio, porque el mucho privilegio conlleva la mucha responsabilidad. Pese usted por sí mismo las palabras penetrantes del v. 3: “En los que a mí se acercan me santificaré”.

Sin duda “nuestro Dios es fuego consumidor”, Hebreos 12.29, y vemos esto operativo en nuestro pasaje. Previamente vemos que el fuego de Dios sale para consumir el holocausto aceptable a él, 9.24, pero ahora sale el fuego para consumir el rebelde.

Es significativa la respuesta de Aarón a este evento trágico en la familia. “Aarón calló”, v. 3. Con un corazón hundido en tristeza, reconoció la justicia de lo que Dios había hecho y se sometió a ella. Nos vienen a la mente las palabras del Señor Jesús: “El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí”, Mateo 10.37.

Cuán necesario era para la nación, tan recién salvada de la idolatría y la licencia de Egipto, ser enseñada de manera enfática que “la santidad conviene a tu casa”, Salmo 93.5. Para el creyente del tiempo presente hay la misma norma de santidad: “Como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir”, 1 Pedro 1.15.

capítulo 11

Limpio e inmundo

Las leyes bosquejadas aquí son mayormente sanitarias y orientadas a condiciones desérticas. Pero aun cuando han podido servir sólo un propósito temporal, es claro que Dios tiene un interés en la vida social de su pueblo además de la espiritual. ¡Se interesa por lo que comen! El propósito de la legislación era de “hacer diferencia entre lo inmundo y lo limpio”, v. 47, y sin duda el tenor de las Escrituras muestra que este asunto vital es de importancia continua.

Pero obsérvese que Dios se interesa también por lo que tocaban. Eran inmundos aun los cuerpos muertos de las criaturas listadas, y debían ser evitados.

Ciertamente, “Yo soy Jehová ... por tanto os santificaréis”, y, “Os hago subir de la tierra de Egipto ... seréis, pues, santos”, vv 44,45. El mensaje es claro; nuestro Dios es santo y nos ha librado de lo que no es santo. Esto nos impone una obligación moral a ser cómo Él es. Aquello de lo cual nos alimentamos, y lo que tocamos, influyen en este sentido. Los creyentes hoy en día también han sido redimidos por sangre preciosa, y nuestro Dios es santo, así que “seáis vosotros santos”, 1 Pedro 1.15 al 19.

¿Nos alimentamos de lo que es limpio? ¿Qué leemos? Por supuesto la Palabra de Dios es pura, ¿pero qué del resto de lo que leemos? ¿Es “limpio”, o es “inmundo”? Mucha literatura no es apta para los “santos” y no puede fortalecer la vida espiritual. ¿Tocamos con impunidad la cosa “inmunda”, acercándonos lo más que podamos, o nos alejamos por considerarlo contaminante? Acerca de estas cosas el apóstol manda a “huir”, 1 Timoteo 6.11, y a “no tocar”, 2 Corintios 6.17. “... de otros tened misericordia con temor, aborreciendo aun la ropa contaminada por su carne”, Judas 23.

Es significativo el orden de esta legislación acerca del vivir diario, ya que sigue de inmediato a las leyes de las ofrendas y la consagración de los sacerdotes. Conforme coma uno, así es. Una dieta de maná diario vitaliza el alma.

14.1 al 20

La limpieza del leproso

El Señor Jesús le mandó a un leproso limpiado: “Muéstrate al sacerdote, y presenta la ofrenda que ordenó Moisés”, Mateo 8.4. El capítulo que estamos considerando relata lo que habrá sucedido cuando el hombre lo hizo. Estas instrucciones sobre la limpieza de un leproso hacen ver que la tal cosa era posible, pero la frecuencia del suceso era tan reducida que se consideraba la enfermedad incurable, algo que sólo Dios podía atender.

Nótese que el leproso fue sanado primeramente, y después purificado, vv 3, 4. Esto sugiere cuán vil y corrupto era la lepra, dando lugar al desespero y la separación. Nos hace reflexionar sobre nuestra lepra moral, el pecado.

Con la noticia de que un leproso había llegado para ser limpiado, el sacerdote salía del campamento para inspeccionarlo. Llegó adonde estaba, en lenguaje de Lucas 10.33. En la ceremonia que se efectuó Dios señala de nuevo a su Hijo amado, cuya sangre limpia de todo pecado, 1 Juan 1.7. Se valían de dos aves, una para quitarse la vida y otra para volver a gozar de libertad. Se precisan de ambas para exponer la verdad de que Cristo fue entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación, Romanos 4.25. No sólo se mojó la avecilla libre en la sangre de su compañera, sino también se esparcía sangre sobre el leproso limpiado.

Más adelante se enfatiza la relación estrecha entre esta limpieza y el sacrificio. Se ofrece un cordero como sacrificio por la culpa, v. 12, y se aplica parte de la sangre a la oreja derecha, el dedo pulgar y el dedo del pie del hombre. Todo su ser está asegurado para Dios por sangre, y ahora no es para usos pecaminosos. Adicionalmente, se toma aceite, figura del Espíritu Santo, y se lo aplica en estos mismos puntos. Donde no hay sangre, no puede estar aceite.

Pero todos los redimidos, y limitados, están habilitados divinamente en el uso de sus miembros para Él. El sacrificio por el pecado, el holocausto y la oblación, vv 19, 20, se combinan para hacer relucir varias facetas de la obra de Cristo para la purificación del leproso. Si en nuestra capacidad de sacerdotes tenemos que ser puestos aparte por sangre y aceite para servicio en el santuario, en nuestra condición de leproso limpiados, necesitamos la misma sangre y el mismo aceite para ponernos aparte en el mundo.

capítulo 16

El día de expiación

Antes de considerar el día en sí, observemos que fue ese día de expiación que daba inicio a cada año de jubileo, 23.27, 28, 25.9. Era literalmente el día de las expiaciones.

Vamos a enfocarnos sobre el detalle central del día, cual era el uso de dos chivos para el sacrificio por el pecado, Números 29.11. Uno solo no hubiera servido adecuadamente como figura de la obra de Cristo para expiar el pecado. La expiación, un tema importante, figura dieciséis veces en una u otra forma en este capítulo, además de la mención frecuente del propiciatorio. un tema conexo.

Se presentaban los dos chivos al Señor en la puerta del tabernáculo y se echaban suertes para decidir cuál moriría y cuál llevaría el pecado sobre sí. El primero moriría como sacrificio por el pecado ante el altar de bronce y su sangre sería llevada por Aarón al lugar santísimo para

ser esparcida ante y sobre el propiciatorio. Al regresar Aarón al atrio, ponía las dos manos sobre la cabeza del chivo escogido para vivir y en esa postura confesaba todas las iniquidades y transgresiones de la nación. Hecho esto, otro llevaba el animal fuera del campamento para abandonarlo en un lugar apartado.

¿Qué quiere decir todo esto? Isaías escribe en el 53.12 acerca del Salvador que “derramó” su vida hasta la muerte (el chivo al altar), habiendo “llevado” el pecado de muchos (el segundo chivo). Fue por Israel y por nosotros. El Hijo del Hombre vino para dar su vida en rescate por muchos, leemos en Mateo 20.28. Nos acordamos de la lectura del etíope y la explicación que Felipe le dio en Hechos capítulo 8.

Para Israel, el efecto fue que sus pecados fueron “cubiertos” por otro año, pero era necesario hacer esto cada año. El antitipo fue una ofrenda que no tiene que ser repetida, una que no sólo “cubría” sino “quitaba” el pecado. No será hasta que Cristo “aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado”, que Israel disfrutará de esa salvación que nosotros gozamos ya, Hebreos 9.24 al 28. Regocijándose en esto, el salmista escribió: “Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones”, 103.12.

Escribió otro: “El pastor tierno busca cada oveja errante y no descansa hasta encontrarla. Pero ninguna búsqueda encuentra los pecados de su pueblo”. La naturaleza amorosa de Dios se deleita en poder limpiar al pecador y realizar la remoción completa del pecado.

capítulo 21

La separación de los sacerdotes

Hemos observado en una entrega anterior que el creyente es miembro de un sacerdocio santo y a la vez de un sacerdocio real, 1 Pedro 2.5 al 9. Fue obra de Dios ponernos en esta posición privilegiada. Nuestro capítulo, el 21, enfatiza esto por las palabras recurrentes: “Yo soy el que los santifico”. Un propósito de este acto de ser puesto aparte es el del 10.11: “para enseñar a los hijos de Israel”.

Nuestro capítulo enfatiza que esta enseñanza debe ser apoyada por una vida de separación — una palabra no muy bien recibida hoy en día. Las Escrituras insisten claramente que muchas cosas que el mundo puede hacer impunemente no son para los sacerdotes. Israel lo sabía bien y esperaba de ellos un buen ejemplo. Los israelitas esperaban de sus sacerdotes una norma más elevada que tenían ellos mismos. “Será el pueblo como el sacerdote ...” Oseas 4.9.

Se prohibía (salvo en lo concerniente a parientes muy cercanos) la contaminación causada por la muerte y el contacto con un cadáver, vv 1 al 4. Es claro que debían tomar toda precaución posible para evitar lo que contamina, y hay también una prohibición de las prácticas asociadas con la idolatría.

El v. 7 trata del casamiento de un sacerdote y ciertas limitaciones al respecto. Hoy día algunos “sacerdotes” toman a la ligera la enseñanza de 2 Corintios 6.14 a no unirse en yugo desigual con incrédulo. Un yugo de esta naturaleza no sólo entristece al Señor sino también es presagio del desastre en la vida espiritual.

Los versículos 16 al 21 versan sobre la descalificación física, ya que en la familia sacerdotal había aquellos que no eran aptos para el servicio público debido a defectos. Por esta causa no les era permitido acercarse al altar de sacrificio ni al de incienso. Matthew Henry escribe apropiadamente: “Debemos insinuar cuán incapaces son para servir a Dios aceptablemente aquellos cuyas mentes están contaminadas y deformadas por cualquier vicio dominante. Son ‘indignos’ aquellos que, aun siendo creyentes, son espiritualmente ciegos y cojos y deformados, cuyos pecados les han dejado escandalizados”.

Pero notamos que no están excluidos de la familia sacerdotal debido a un defecto. Puede que no sean aptos para ministrar y participar en el servicio público, pero el nexo perdura y están calificados para participar en las fiestas con sus sacrificios. Esto es gracia.

capítulo 23

Las fiestas de Jehová

Todas las “fiestas” (convocaciones santas) en este capítulo debían ser ocasiones de regocijo, excepto la del día de expiación, cuando “afligiréis vuestras almas”, v. 27.

Las fiestas señalaban adelante, y son:

1. La pascua, v. 5. Era un recordatorio constante de la redención; Israel había sido sacado de servidumbre. Aquí se nos señala a Cristo nuestra pascua, quien fue sacrificado por nosotros. Todo comenzaba con el cordero.
2. Los panes sin levadura seguían de inmediato, vv 6 al 8. Era requerido quitar toda levadura de la casa por siete días. La salvación de la servidumbre debe resultar en santidad. Hoy día el pueblo de Dios debe quitar de sus vidas la levadura de la maldad, 1 Corintios 5.7, 8. La exigencia es de una vida santa conforme con el sacrificio de Cristo.
3. Las primicias, vv 9 al 14, se podía celebrar solo en la tierra prometida. La entrega de los primeros frutos señalaba gratitud y un reconocimiento de que todo le pertenecía a Dios. Era la garantía de que más adelante habría una cosecha plena. La resurrección de Cristo está adelante para nosotros, “primicias de los que duermen”, 1 Corintios 15.20, 23. “Porque yo vivo, vosotros también viviréis”, Juan 14.19. Pronto Él levantará a los que quedan.
4. Semanas, vv 15 al 22, era celebrada cincuenta días después de la fiesta de primicias, conocida en griego como pentecostés; Hechos 2.1. Se ofrecían dos panes leudados. La Iglesia nació en pentecostés; el Espíritu fue derramado, y judío y gentil incorporados en un cuerpo.
5. Trompetas, vv 23 al 25. La gente se congregaba al sonido de las trompetas, y ofrecían sacrificios especiales. Esperamos el toque de trompeta que convocará la Iglesia en el regreso del Señor, y estaremos para siempre con Él, 1 Tesalonicenses 4.17. Más tarde, cuando el Hijo del Hombre vuelva en gloria, Israel será reunido “con gran voz de trompeta”, Mateo 24.31.
6. Expiación, vv 26 al 32. Aquí Israel lamentaba sus pecados, como hará de manera singular cuando “mirarán a mí, a quien traspasaron”, Zacarías 12.10. Pero esto conduce a gozo en la séptima fiesta.
7. Tabernáculos, vv 33 al 36, 39 al 43. Por fin el gozo desplaza toda tristeza. El Señor reina sobre toda la tierra. “Todos los que sobrevivieren ... subirán de año en año para adorar al rey ... y a celebrar la fiesta de tabernáculos”, Zacarías 14.16.

Todas estas convocaciones santas hablan de Cristo y el programa de Dios por medio de Él.

capítulo 24

Aceite, pan, blasfemia

Tocante al candelero, Thomas Newberry escribe: “El candelero de oro, con sus siete lamparillas y tronco central, es el tipo del ministerio en el poder del Espíritu Santo, en sus varios ramales de testimonio con Cristo como su centro, fuente y tema”.

En nuestro capítulo vemos que su función depende del flujo constante del aceite, emblema del ministerio del Espíritu, vv 1 al 4. La luz de los brazos caía sobre la lámpara misma, “para que alumbren hacia delante”, literalmente, “en la faz de ella”, Éxodo 25.37. Es el diseño de

Dios que en nuestro testimonio, inspirado por el Espíritu, manifestemos la gloria de Cristo. “Vi siete candeleros de oro”, escribiría Juan siglos más tarde, “y en medio de los siete candeleros, a uno semejante al Hijo del Hombre”, Apocalipsis 1.12 13.

Otro punto queda destacado en Juan 16.14, 15, y es que el ministerio del Espíritu Santo se enfoca sobre el Señor mismo: “Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber”. Al ser guiados así por el Espíritu, viendo la gloria de Dios en la faz de Jesucristo, tomamos de su semejanza. “Mirando a cara descubierta ... la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen como por el Espíritu del Señor. Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandece en nuestros corazones, para iluminación de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo”, 2 Corintios 3.18, 4.6.

El v. 3 habla de la luz encendida continuamente. Era la única luz en un lugar que sin ella hubiera estado enteramente oscuro.

La mesa con los panes también estaba ubicada en el lugar santo. Así como la luz debía brillar constantemente, también el pan debía estar sobre la mesa continuamente. “Cada día de reposo lo pondrá continuamente en orden delante de Jehová”, v. 8, Éxodo 25.30. El pan nos habla de Cristo que no solamente dio su vida por nosotros sino también la está dando. Nos alimentamos de Él.

Los doce panes en representación de las doce tribus hablan de lo que son el pueblo de Dios para Él, como vistos en Cristo. Es necesario que nuestra participación de Él no pierda su frescura; Israel renovaba sus panes una vez a la semana. Para Dios, como para sus santos, hay alimento, reposo, comunión y satisfacción en Cristo.

Lado afuera del lugar santo, se nos presenta la realidad del pecado, aun entre el pueblo de Dios, vv 10 al 23: “... el hijo de la israelita y un hombre de Israel riñeron en el campamento. Y el hijo de la mujer israelita blasfemó el Nombre”. En Éxodo 20 no se define la penalidad por la blasfemia, limitándose a decir que uno no estaría sin culpa. Ahora es preciso decidirlo, y Dios decreta la muerte. Tengamos presente que la blasfemia era traición por cuanto era hablar en contra del soberano. Entonces se enuncia el principio de ojo por ojo, y nos llama la atención lo estricto del juicio. La pena no puede superar la ofensa.

capítulo 25

Reposo y libertad

Dios no impone una tiranía implacable, y nuestro capítulo hace ver que tiene más consideración hacia su pueblo que tenemos nosotros el uno hacia el otro.

Los vv 2 al 7 establecen el año sabático, cuando uno en cada siete era puesto aparte para descanso. Se dejaba la tierra en barbecho y las actividades agrícolas quedaban en suspenso. En Éxodo 20.10 se estableció un sábado semanal para los hombres y las bestias, y ahora se incluye la tierra en el año séptimo. El v. 20 pregunta: “¿Qué comeréis en el séptimo año?” y la respuesta está en el sexto, cuando la tierra produciría suficiente para tres años, v. 21. Nos hace recordar una provisión parecida para el suministro del maná, Éxodo 16.22. Otro ha escrito: “La fe provee ricamente, obrando cuando Dios la manda a obrar. Reposa cuando Él la manda a reposar, y prospera en la abundancia”.

En la práctica, el pueblo por lo general hizo caso omiso del año sabático, y esto fue una de las razones por el cautiverio de setenta años. La tierra “todo el tiempo de su asolamiento reposó, hasta que los setenta años fueron cumplidos”, 2 Crónicas 36.21.

También se ha debido aprovechar el año sabático para adquirir un mayor conocimiento de la ley de Dios, Deuteronomio 31.10 al 13. ¿Tampoco cumplieron en esto?

El año de jubileo, vv 18 al 24, seguía cada siete años sabáticos sucesivos. Comenzó en el día de expiación, v. 9, que incluía el reconocimiento triste de haber pecado, y la cobertura del pecado por medio de la expiación. Hubo una proclama de “libertad”, v. 10. La compra / venta de bienes se hizo en función de la cercanía del toque de trompeta que anunciaría ese día, v. 16. ¿La expectativa de la trompeta incide en nuestro hogar y nuestros negocios? 1 Tesalonicenses 4.16.

También, así como la presencia del Señor Jesús inauguró un verdadero año de libertad (“... a predicar el año agradable del Señor”, Lucas 4.18,19), la venida suya en gloria será ocasión de jubileo para el mundo.

La consideración de nuestro capítulo nos impresiona por varios pensamientos. (i) “De Jehová es la tierra y su plenitud”, Salmo 34.1. Él no la ha entregado enteramente en manos de hombres. (ii) Él puede proveer. No habría actividad agrícola en los dos años sucesivos en que el jubileo seguía al sabático, pero los obedientes disfrutarían de abundancia. (iii) El jubileo desataba la servidumbre, v. 10, y “si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres”, Juan 8.36

26.1 al 13, 27 al 46 La fidelidad de Dios

Dios tiene gran deseo de bendecir, pero su fidelidad demanda que castigue cuando el caso lo amerite. La palabra para Israel en el v. 3 es: “Si anduviereis en mis decretos ...”, y sigue hasta el v. 12 una promesa séxtupla: “Daré lluvia, haré quitar las malas bestias, daré paz, volveré a vosotros, pondré mi morada en medio, andaré entre vosotros”.

Estas promesas serían cumplidas literalmente para Israel, pero no debemos olvidarnos de la aplicación espiritual que podemos disfrutar aun ahora. Porque, “El que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” Romanos 8.32. “Todas las cosas” incluyen bendición derramada desde el cielo: su paz, su control de las circunstancias, su benevolencia para con nosotros, su presencia y su compañerismo. Israel, y nosotros también, podemos confiar en los *yo haré* de Dios; son garantizados por el *yo soy* del v. 13.

Dios habla primeramente de la bendición, y luego procede al castigo cuando es requerido. Él junta aquí los consejos paternos y las órdenes soberanas. Hace ver que la obediencia corona la senda de obediencia, pero la miseria asedia el camino de la desobediencia.

Su castigo mismo es un indicio claro de que se ocupa del bienestar de su pueblo y debe atender a lo que les está estorbando y conduce a una ruptura de comunión. Si dejara de castigar, bien podríamos preguntar: “¿Se interesa?”

Prestemos atención especial a los vv 40 al 46. Dios sabía que resultaría necesario todo el castigo tratado en los versículos anteriores, y que su pueblo iba a ser esparcido entre las naciones, pero había hecho promesas a Jacob, Isaac y Abraham. La secuencia aquí es inusual; Jacob aparece primero para enfatizar la gracia de Dios, y se hace mención repetida de *mi pacto*. ¿Cómo podría Él incumplir? Qué gracia, también se ve en que, habiendo hecho mención de su desobediencia y su dispersión, dice: “Aun con todo esto ... yo no los desecharé, ni los abominaré”, v. 44. Sabía también que la nación volvería en confesión, v. 40. Este Dios es nuestro Dios, y ha dicho: “No perecerán jamás”, Juan 10.28.

capítulo 27

Promesas

Nos ocupamos aquí con un requerimiento que no tiene ningún paralelo en el Nuevo Testamento. Es legislación para definir las condiciones bajo las cuales se podrían dedicar personas y bienes al servicio divino. Los vv 2 al 8 hablan de la dedicación de personas, y pensamos en el voto de Jefté respecto a su hija, Jueces 11.30, 31, y el de Ana respecto a su hijo, 1 Samuel 1.11.

Se tratan por separado la redención de un animal, la vivienda propia y aun la tierra. Son solamente ejemplos de lo que se podría dedicar a Jehová, pero es claro en ellos que la devoción al Señor de uno mismo, o de sus bienes propios, era un gesto de gratitud.

Era asunto solemne, y aunque no era pecado jurar o no jurar, una vez hecho un voto, el mismo era vinculante como un juramento. “Cuando haces voto a Jehová tu Dios, no tardes en pagarlo, porque ciertamente lo demandará Jehová tu Dios de ti, y será pecado en ti”, Deuteronomio 23.21. No se admitían ni cambio de parecer ni duplicidad, v. 10.

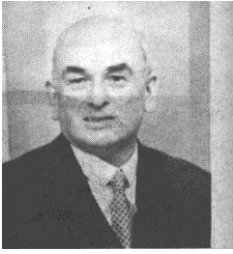
El Señor Jesús condenó al hombre que profesaba haber dedicado su dinero al Señor para evitar su responsabilidad a sus padres, Marcos 7.11. Haríamos bien en tomar en cuenta esta norma hoy día cuando abundan las palabras huecas; Dios quiere que nuestro sí sea sí, Mateo 5.37.

Era previsto cumplir un voto con entregar en dinero lo que se había dedicado, de manera que los individuos eran tasados conforme a su edad y sexo. Todos los que son del Señor le son preciosos, pero con todo Él reconoce distinciones entre ellos. Estas afectan al varón y la mujer y las varias fases de la fuerza y madurez espiritual, vv 3 al 7. Se asigna un valor divino al más joven en la fe, y al más maduro también.

Eran aceptables solamente la plata del rescate y el siclo del santuario. Solamente un sacerdote podía valorar debidamente al santo más pobre; la cercanía a Dios genera una percepción de cómo Él estima a los suyos.

Nuestro capítulo insiste en que todo sea hecho “a Jehová”, sea en cuanto a nuestras propias personas, los animales, las casas o la tierra. Esta última se valoraba según haya sido sembrada, y mayor será la cosecha según hayamos sembrado la buena semilla de la Palabra de Dios, y aun las iniciativas de bondad. Todo lo que somos y tenemos debe ser pesado a la luz de la venida del Señor, vv 17, 18.

Las ofrendas levíticas



John Boyd, Belfast
Precious Seed, 1965 y 1966.

Contenido

- I [Comentarios generales](#)
- II [El holocausto](#)
- III [La oblación](#)
- IV [Las paces](#)
- V [El sacrificio para expiación](#)
- VI [El sacrificio para restitución](#)
- VII [La libación](#)

I Comentarios generales

Cuando Dios libertó a los hijos de Israel de la servidumbre de Egipto, les escogió por encima de todos los demás pueblos de la tierra, Amós 3.2, y les trajo a sí, Éxodo 19.4 al 6. Con tal que guardaran su pacto, serían su tesoro especial y lo manifestarían al ser un reino de sacerdotes y una nación santa.

Ahora, un sacerdote es uno que se acerca a Dios, Éxodo 19.22. Tal vez por “reino de sacerdotes” Dios proponía que Israel fuese mediador entre Él y las naciones, como será, al efecto, en el milenio, Zacarías 8.13,23. O, más probable, quería que fuesen sus súbditos y que cada cual se le acercara a Él. Con esto en mente, Dios le dio a Israel la ley ceremonial con su abundancia de ofrendas, para que el pueblo supiese presentarse correctamente.

Parece que había un sacerdocio en Israel antes del éxodo de Egipto, pero no de la casa de Aarón, Éxodo 5.3, 19.22. Aquellos sacerdotes habían sido escogidos por los israelitas mismos. Dios les prohibió acercarse al Monte Sinaí, 19.24, dando a saber de esta manera que les pondría a un lado y establecería en su lugar el sacerdocio levítico.

Los estudios que presentamos versan sobre la operación de ese sacerdocio, encomendado específicamente a los hijos de Aarón. Proponemos considerar cómo lo realizaron y cómo los varios detalles de sus ofrendas señalaban adelante al punto central de toda la historia y todo sacrificio, la obra de Cristo en la cruz. Todas las Escrituras dan testimonio de Él; Juan 5.39. Notaremos también que las ofrendas proporcionan instrucción para la conducta y el servicio del creyente hoy día.

Este estudio exige, entonces, que nos demos cuenta de qué significaban las diversas ofrendas a los mismos israelitas. ¿Qué concepto tenían de estas instrucciones de parte de Dios? ¿Qué expresaban por sus ofrendas? ¿Qué quería enseñarles Dios?

Las ofrendas son una parábola para nuestra enseñanza, pero antes de aprender su lección tenemos que comprender bien la parábola misma. Tenemos que saber su sentido *literal* antes de apreciar su enseñanza *espiritual*. Si captamos algo de las necesidades de ese pueblo atendidas por las varias ofrendas levíticas, en alguna medida nos daremos cuenta de la grandeza del sacrificio de Cristo mismo en bien nuestro. Su sacrificio asumió el lugar de todas aquellas ofrendas, y logró lo que jamás ha podido hacer toda la sangre que corrió sobre los altares de aquel pueblo. Él quitó el pecado por medio de sí mismo; Hebreos 9.26.

Asumamos nuestra posición al lado del israelita de 1490 a.C., sin dejarnos influenciar por lo que el Nuevo Testamento enseñaría posteriormente. Dios estableció estas ofrendas como vía de acercamiento a Él. No hacían al adorador perfecto, pero proporcionaban una base para la expiación. O sea, permitían que uno continuara con Dios. Su variedad hacía que el israelita se diese cuenta de cuán fallo era y cuánta distancia le separaba de Dios.

Terminología general

Veamos primeramente algunos términos técnicos y su sentido para el israelita.

Corban Literalmente, algo presentado a Dios; es una expresión amplia para dar una ofrenda y se emplea para todas las ofrendas salvo el sacrificio por el yerro. La palabra figura sin traducción en Marcos 7.11. Se emplea al referirse a los regalos de los príncipes de Israel en Números 7, y hacer ver que las ofrendas levíticas eran regalos santos.

Zebach Literalmente, un animal beneficiado; traducido a menudo como sacrificio. El término figura a menudo con respecto a la ofrenda de las paces, como en Levítico 3.1. La traducción de los Setenta suele expresarla como *thusia*, algo degollado, pero la palabra griega abarca más que la hebrea, refiriéndose también a la oblación.

Ofrendas con sangre

Olah Literalmente algo que asciende, o sea, que sube a Dios. Conocemos el término como *holocausto*, y los Setenta usaron *holokautoma*, algo quemado de un todo. Así, estos títulos expresan dos ideas fundamentales: la adoración que asciende a Dios, y el hecho de que todo es para Dios.

Shelem Literalmente, un sacrificio para salvación, bien sea recibida o anticipada. De allí la “ofrenda de paz”. Los Setenta emplean *thusia soteriou*, una ofrenda por rescate.

En Levítico 7.12 al 16 se hacen tres distinciones en cuanto a esta ofrenda, según su propósito:

como acción de gracias por una salvación recibida

como un juramento en anticipación de cumplirse una salvación esperada,
Levítico 22.21, Hechos 21.26

un gesto voluntario para regocijarse con Dios. La idea fundamental de la ofrenda fue la de dar gracias.

Chattah Literalmente, una ofrenda por perder el blanco. Se traduce como ofrenda por el pecado. El pecado y la ofrenda por el pecado se expresan a menudo por la misma palabra; Levítico 4.3 es un ejemplo. Los Setenta utilizaron *hamartia*, “pecado”. La idea fundamental es la de reconciliación con Dios.

Asham Literalmente, una ofrenda por uno culpable; p.ej, “el pecado que cometió”, Levítico 5.6,7,10,13. Obsérvese de nuevo el 4.3, donde se habla del sacerdote que pecó y por ende trajo culpa al pueblo. (Números 5.6,7 es un ejemplo más claro).

Se emplea la expresión para referirse a la culpa, o el mal efectuado; la deuda; la compensación por la deuda; y el sacrificio por la deuda, el cual pone en libertad al oferente. La traducción de los Setenta usa el griego *plemmeleia*, literalmente “fuera de nota”, o lo que echa a perder la armonía. La idea fundamental en esta ofrenda era la de dar satisfacción a Dios.

Nota del traductor: La mayoría de las traducciones al español hacen muy difícil distinguir entre la ofrenda por el pecado y la ofrenda por el yerro, o la culpa. Se usa *ofrenda por la culpa* en la Versión Moderna (“Pratt”) de 1893, y Bover-Cantera utiliza *falta*. Son expresiones mucho más claras que “pecado que cometió”. Este término *asham* (ofrenda por el yerro) figura repetidas veces en Levítico 5.14 al 6.7, en el capítulo 14 y otras partes.

Ofrendas sin sangre

Minchah Literalmente, lo que se asignó, a saber, a Dios. Se encuentra esta palabra por vez primera en Génesis 4.3,5 como descripción de las ofrendas de Caín y Abel. Se usa al hablar de un presente, Génesis 32.13. El término en hebreo significa una ofrenda en general; un obsequio; y, la ofrenda de harina, etc. (“la oblación”). La Versión de los Setenta lo traduce *thusia*, un sacrificio, algo dado a Dios, pero no necesariamente muerto. La idea fundamental es la de presentar a Dios su porción.

Nesek Literalmente, lo que se derrama, o lo que se echa sobre otra ofrenda. Es la libación. En Génesis 35.14 es de aceite y en Salmo 16.4 es de sangre. En Levítico, es el vino echado sobre el holocausto y el sacrificio de paces (pero nunca sobre los sacrificios por pecado y yerro). En los Setenta es *sponde*, lo que se vacía. La idea fundamental de este sacrificio es la de proporcionarle gozo a Dios.

Ofrendas rituales

Veremos ahora tres términos que no son ofrendas propiamente dicho, sino que describen el trato dado a partes de los sacrificios.

Terumah Literalmente, algo levantado o elevado como presente. Tiene dos usos: Es una ofrenda presentada a Dios como, por ejemplo, cuando a los israelitas se les dijo que tenían que traer materiales para construir el tabernáculo, Éxodo 25.2. Es también el término técnico para el levantamiento hacia el cielo de la espaldilla en la ofrenda de paces, la cual el sacerdote comería según Levítico 7.32.

Aphairema es el griego según los Setenta. La idea fundamental detrás del rito es la de recibir de Dios lo que primero se le dio a Él. Es a la vez un reconocimiento de que su trono está en el cielo.

Tenuphah Literalmente, el acto de mover de un lado a otro. Se usa en Éxodo 35.22 al hablar del oro dado a Dios. Es el término técnico usado para mecer el pecho en la ofrenda de paces, Levítico 7.30; el carnero de la consagración en el 8.27; la ofrenda del leproso en el 14.12; la gavilla de primicias en 23.11; y los panes en el Pentecostés, 23.17.

Para los Setenta, es lo que se apartó, *aphorisma*. La idea fundamental es la de desplegar ante Dios lo que uno estima. Tal vez simbolice el hecho de dar primeramente a Dios (mecido hacia el altar) y luego transferir de Dios al sacerdote (mecido desde el altar). Algunos ven en

este acto la sugerencia que Dios está en todas partes, así como el hecho de levantar significa que Él está en el cielo. O, ¿se mecía la ofrenda para que el hombre la viera? Compárese con el procedimiento en el juicio de los celos; Números 5.25.

En todas estas ofrendas Dios recibía sólo lo mejor. Él aceptaba el macho maduro y físicamente perfecto; Malaquías 1.8.

Seis ofrendas principales

Había seis ofrendas principales:

- el holocausto
- la oblación
- las paces
- el sacrificio para expiación
- el sacrificio para restitución
- la libación.

Estas se combinaban de diferentes maneras en los diversos servicios del tabernáculo, como las ofrendas diarias, las “fiestas” (o sea, las convocaciones en fechas preestablecidas según Levítico 23) y las ofrendas en ocasiones especiales (la consagración de los sacerdotes; el juramento del nazareo; la limpieza del leproso, la persona contaminada, la mujer parturienta; y en el caso de los celos). Se las designaban “el pan de Dios”, Levítico 21.6, porque consistían en lo que era alimento para el israelita que él daba más bien a Dios. Se llamaban a la vez “las cosas santas de los hijos de Israel”, 22.15.

Las seis se dividen en tres grupos:

- las ofrendas de olor grato, que son el holocausto y la ofrenda de paces
- los sacrificios expiatorios, que son el de la expiación y el de la restitución
- las ofrendas suplementarias, que son la oblación y la libación, añadidas a otras ofrendas. La oblación se incluye a la vez en las ofrendas de olor grato.

Nos impresionan la multiplicidad y el alcance de estas ofrendas. Les hacían a los israelitas recordar la complejidad de sus relaciones con Jehová, su entera santidad y la pecaminosidad de ellos. Conscientes de su inmundicia y contaminación, anhelaban misericordia, perdón y reconciliación mediante estas ofrendas. En ellas, ese pueblo expresaba su necesidad de expiación y su deseo de acceso a Dios; se daba cuenta de qué era presentarse ante Dios y qué quería decir el hecho de tener comunión con Él. En fin, ellos reconocieron de esta manera que le debían a Él todo lo que tenían, y en estos actos se sujetaron a Él.

¡Cómo magnífica todo esto la gracia de Dios en Cristo! Todas estas ofrendas encuentran su antitipo en el Señor Jesucristo. [Un *antitipo* es la realidad que una figura ilustraba o predecía]. Su sacrificio único en el Calvario llenó todo lo que se exigía en esta abundancia de ofrendas; más bien, lo sobrepasó. No requería ser repetido; fue realizado sólo una vez, perfeccionando para siempre a los que santifica. En esto hace gran contraste con las ofrendas levíticas, ya que ellas, lejos de quitar pecados, hacían a los israelitas recordar sus pecados.

También, tengamos presente que Cristo es oferente y sacerdote a la vez. Como oferente se dio a sí mismo a Dios sin mancha, Hebreos 9.14, 10.5 al 10. Como sacerdote, efectuó el sacrificio único y entró en los cielos en la eficacia de su propia sangre, 9.12 al 14, 10.11,12, 12.24.

Que estemos cada día más conscientes de nuestras tendencias pecaminosas, de la santidad de Dios, y de lo que es acercarnos a Él. Que nos regocijemos en que el sacrificio de Cristo haya

llenado todas las demandas de Dios, capacitándonos para acercarnos a Él en plena certidumbre de fe.

II El holocausto

Se presentaban holocaustos a Dios mucho antes del régimen levítico: por Noé, Génesis 8.20; Abraham, 22.2; Job, Job 1.5. Los ofrecían los paganos también, como por ejemplo el rey de Moab, 2 Reyes 3.27, y el de Balac, Números 23.3. El concepto mayor de un holocausto es que hay alguien arriba a quien el oferente desea propiciar. El sentido esencial de la palabra hebrea *'olah* es el de algo que va en ascenso.

En las Escrituras se emplea el término *holocausto* para cualquier animal beneficiado y quemado con fuego para que un olor ascienda a Dios, y también para esa ofrenda levítica en particular que Dios estableció para quienes se acercaran a Él. Este estudio trata exclusivamente del segundo uso del vocablo.

La finalidad del holocausto no fue en primer lugar la de expiación. Otras ofrendas trataban de los pecados de los israelitas, pero ésta de su acercamiento en adoración. El holocausto levítico se dividía en dos grupos:

- los holocaustos estatutarios y obligatorios
- los voluntarios y suplementarios.

Los holocaustos estatutarios

Dios ordenó que éstos fuesen ofrecidos en muchas y diversas ocasiones. Se especificaron la cantidad y tipo de animales, según la ocasión y el propósito de la ofrenda. Se ofrecía un holocausto dos veces cada día: un cordero en la mañana y otro en la tarde, llamándose el holocausto continuo, Éxodo 29.42. Fue un rito básico y adicional a cualquier otra ofrenda voluntaria u obligatoria. Se mantenía viva siempre la llama de este holocausto continuo, quitando las cenizas cada mañana. El holocausto vespertino estaba por encima del fuego toda la noche. Cada mañana se reponía la leña en anticipación de las ofrendas del día.

Cada sábado se ofrecían dos corderos para “el holocausto de cada día de reposo”, Números 28.9,10. El primer día de cada mes se presentaba un holocausto especial que consistía en dos becerros, un carnero y siete corderos, 28.11.

Cada una de las siete fiestas anuales contaba con su cuota de holocaustos:

- en la pascua se sacrificaban muchos bueyes, 2 Crónicas 30.24
- en cada día de la fiesta de los panes se ofrecían dos becerros, un carnero y siete corderos, Números 28.17
- figuraba un cordero en la ceremonia de las primicias, Levítico 23.12
- en Pentecostés, según 23.18, había siete corderos, un becerro y dos carneros
- en la fiesta de trompetas: un becerro, un carnero y siete corderos, 29.2
- se exigieron para el día de la expiación dos holocaustos, uno para Aarón y otro para el pueblo, 16.24
- en cada día de la fiesta de tabernáculos el holocausto era de tamaño diferente, Números 29.13 *et seq.*

Los holocaustos formaban parte de la ceremonia en muchas otras funciones bajo el régimen levítico. Por ejemplo:

- la consagración de los sacerdotes, Levítico 8.18; del pueblo, 9.2;
- en la dedicación del altar, Números 7.87; y del templo, 1 Reyes 8.64
- en la purificación de la mujer parturienta, Levítico 12.6; del leproso, 14.19;
de la persona con hemorragia, 15.15
- en la purificación del nazareo contaminado, Números 6.11; al cumplir uno
con su voto, Números 13.3, y al separarse un nazareo, 6.14

Estos holocaustos obligatorios se ofrecían para que los israelitas se mantuvieran en contacto con Dios, quien quería que buscaran siempre su santa habitación, Éxodo 29.42. Constituían un recordatorio constante de que Él estaba en el cielo sobre todo, o sea, “Que le hay, y que es galardonador de los que le buscan”, Hebreos 11.6. Para Dios eran un olor grato de reposo; Él encontraba en ellos satisfacción como fuente de delicia.

En estos holocaustos Dios exterioriza su deseo de que el creyente se le acerque constantemente en adoración. El Señor enseñó que los hombres deben orar siempre; un tema frecuente de Pablo fue, “constante en la oración”. Dios le dio a ese pueblo sus holocaustos en las fiestas anuales, y a nosotros el Señor ha dado la cena del Señor como recordatorio recurrente de presentarnos ante Él y exaltar a su Hijo. Presentamos, como si fuera, nuestro holocausto allí, viendo a Jesucristo como el que nos hace aceptos ante Dios. Su sangre nos limpia y nos capacita para la presencia divina; sus perfecciones son un tema que a Dios le agrada escuchar cada vez que nos reunimos para proclamar la muerte del Señor.

Los holocaustos voluntarios

Además de los holocaustos estatutarios, Dios dispuso que el israelita podría presentarlos por voluntad propia; véanse los primeros versículos de Levítico 1 además del 22.18, “ofrendas voluntarias ofrecidas en holocausto a Jehová”. La ley ceremonial establecía qué ofrecer en esas ocasiones, y cómo hacerlo.

Se podría elegir entre cuatro oblaciones según la apreciación o capacidad del oferente. La ofrenda tenía que ser de valor; no era permitido sacrificar lo que nada costó, 2 Samuel 24.24. Se le permitía al oferente traer un novillo, un cordero o un carnero; eran animales de valor para un pudiente. Pero se hizo provisión a la vez para el pobre, ya que una tórtola o un palomino era admisible también. Se exigía un alto estándar para todo animal. Tenía que ser sin defecto, ya que Dios aceptaba sólo lo mejor; Malaquías 1.8.

Esta ofrenda señalaba un deseo por parte del israelita de acercarse a Dios, reconocer plena dependencia de Él y expresar cuánto le estimaba. Mayor la ofrenda, mayor el aprecio. Era expresión del sentir del corazón.

El animal fue aceptado en lugar del oferente, Levítico 1.4, representando la entrega del hombre entero a Dios. Como consecuencia, el hombre fue aceptado, aun cuando el holocausto nunca podía sustituir la obediencia, 1 Samuel 15.22, ni tomar el lugar de un corazón contrito, Salmo 51.16,17.

El rito

El procedimiento para un holocausto fue definido claramente. Levítico 1 lo expone en el contexto de la ofrenda voluntaria, pero posiblemente la secuencia aplica en mayor parte a la ofrenda estatutaria también.

Primeramente, se presentaba el animal a la puerta del tabernáculo, donde uno encontraba el altar de bronce [cobre]; se lo quemaba sobre éste únicamente, y ningún otro convenía; Levítico 17.8,9. Es de notar que ese altar se llamaba a veces “el lugar del holocausto”, 4.29. El oferente ponía (a saber, descansaba con fuerza) su mano sobre la cabeza de la víctima, identificándose de esta manera con el animal y dependiendo de él. Al ofrecer el animal, se ofrecía a sí mismo a Dios. Él confiaba en su aceptación por Jehová, señalando que la persona quedaba expiada.

En segundo lugar, el oferente mataba el animal y el sacerdote tomaba de la sangre derramada para rociarla en derredor del altar. Este rociamiento señalaba que se había dado la vida a Dios, y por lo tanto se había expiado al oferente. La palabra hebrea que se usa para *expiar* quiere decir “cubrir”, y la palabra griega utilizada por los Setenta lleva la idea de que Dios está bien dispuesto hacia el oferente.

Así, al efectuar el holocausto la sangre sobre el altar cubría lo que desagradaba a Dios. Algunos distinguen entre la sangre del holocausto y la sangre del sacrificio por el pecado, señalando que la primera tenía que ver con malos pensamientos y la segunda con malos hechos.

Tercero, el oferente preparaba el animal muerto para el altar. Se quitaba la piel, la única parte que no sería quemada sino dada al sacerdote, 7.8. Luego, se partía todo en cortes apropiados. El sacerdote los colocaba sobre el altar, una vez lavados los intestinos y piernas para que nada sucio (o inmundo) figurara en la ofrenda.

El sacerdote quemaba todo. La palabra *quemar* en este contexto es “emitir fragancia;” era para Dios. Es el término que se emplea siempre en relación con el holocausto, y difiere del verbo usado para el sacrificio por el pecado fuera del campamento, 4.12. Allí la idea es simplemente prender fuego. En algunas ofrendas el sacerdote y el oferente compartían una parte, pero en el holocausto todo le correspondía a Dios como olor grato.

Había también provisión para uno que traía sólo una tórtola o un palomino por ser pobre. Como en el caso del animal, él lo presentaba a Dios, pero ahora le tocaba al sacerdote matar la víctima. Esto lo hacía quitándole la cabeza y colocándola sobre el altar. La sangre se exprimía sobre la pared del altar en expiación.

No es claro por qué Dios mandó que el sacerdote, y no el oferente, matara el ave, excepto que la cantidad de sangre sería muy poca para ser recogida en una cubeta. Él buche y las plumas (o “la suciedad”) se botaban, 1.16, como paralelo al hecho de lavar los intestinos y piernas del animal. Las alas se hendían pero sin partir el cuerpo; de esta manera se exponían todas las partes por igual. Luego se quemaba todo, y el olor grato subía a Dios.

El holocausto tenía que ser acompañado de una oblación y una libación, y la cuantía de éstas variaba según el animal presentado en holocausto, Números 15.3 al 12. Además, se tocaban trompetas al efectuar los holocaustos en las fiestas fijas, y al comienzo del mes, 10.10.

Se destacan tres detalles en todo este rito:

la ofrenda, Levítico 1.3. Fue para que el oferente fuese acepto ante Dios.

la matanza, 1.5. Fue para que el oferente fuese expiado ante Dios.

la quema, 1.9. Fue para que el oferente adorara a Dios.

Estos puntos nos enseñan que para el israelita el holocausto era más de todo un gesto de adoración. Fue el método por el cual podía acercarse a Dios, expresando su gratitud y dependencia de Él.

La enseñanza expuesta

El oferente israelita es figura del creyente del día de hoy en su deseo de acercarse a Dios; por fe, él presenta al Señor Jesucristo cual holocausto. En sus años sobre esta tierra, el Señor se manifestó idóneo, siendo sin pecado y sin mácula; es acepto a Dios, ya que en Él el Padre tiene siempre complacencia.

Los diferentes animales sugieren diferentes grados de apreciación de Cristo. Aun el creyente menos instruido puede manifestar su apreciación a nivel de tórtola; el maduro, bien instruido en la Palabra, lo presenta al Padre en la amplitud de su perfección que vemos ilustrada en el novillo.

El creyente del tiempo presente es aceptado por Dios en toda la idoneidad de Cristo. “Nos hizo aceptos en el Amado”, Efesios 1.6; “Estamos en el verdadero, en su Hijo”, 1 Juan 5.20. Conforme a la voluntad de Dios, “somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre”, Hebreos 10.10. Pero, como en el caso del israelita, uno no puede acercarse a Dios excepto en entera obediencia a Él, con espíritu contrito y “levantando manos santas, sin ira ni contienda”, 1 Timoteo 2.8.

Quitar la piel y partir el animal tipifica el despliegue de las perfecciones secretas de la vida privada de Cristo.

La obra del sacerdote en relación con el holocausto expone la obra del Señor Jesucristo como nuestro gran sumo sacerdote. Él “aboga la virtud de su sangre preciosa”. El fuego es simbólico del ministerio del Espíritu Santo, Hechos 2.3, el cual despliega ante el Padre las diversas perfecciones del Señor Jesucristo manifestadas en el Calvario; a la vez, las demuestra al creyente.

La muerte de Cristo constituye la base de acercamiento del creyente a Dios. Por ella tenemos libertad para entrar en el Lugar Santísimo, Hebreos 10.19. Habiendo estado lejos, hemos sido hechos cercanos por la sangre de Cristo, Efesios 2.13. En la consagración de los antiguos sacerdotes, Éxodo 29.21, se hacía expiación al rociar sobre ellos la sangre del holocausto, cubriendo así el disgusto que sus mentes impías le habían causado a Dios. De manera parecida, el corazón del creyente ha sido purificado de mala conciencia por la sangre de Cristo, habilitándole para acercarse a Dios, Hebreos 10.22.

Vemos en la cruz las perfecciones de Cristo manifestadas ante Dios para su disfrute. Notemos algunas de ellas.

Vemos allí su amor, probado al extremo pero firme como roca; su obediencia a la voluntad del Padre, humillándose Él hasta la muerte, y muerte de cruz; su resolución de llevar a cabo el gran plan del Padre; su capacidad para realizarlo, sufriendo la cruz y menospreciando el oprobio; su placer en proporcionar la salvación al ser humano; su deseo de glorificar al Padre. Los fuegos del Calvario acentuaron todo esto, y más.

III La oblación

La segunda ofrenda prescrita para los israelitas es la que nuestras biblias en inglés suelen llamar la del alimento. [Se habla ahora de “la ofrenda vegetal”. Martín Lutero usaba una expresión parecida. Así se traduce a veces *minchah* porque la ofrenda consistía en lo que el pueblo comía. Su equivalente lo encontramos en Hechos 2.46: “partiendo *el pan* en las casas”.

Literalmente, su sentido es lo que se reparte o se asigna. Encontramos el vocablo por primera vez en Génesis 4.3 al 5, donde Caín y Abel traían sus *minchah* en reconocimiento de lo que Dios les había provisto, deseando que continuara. Dios reconoció lo que Abel le presentó, pero no así con Caín. Abel dio el más gordo entre los primogénitos, en contraste con los hombres de Malaquías 1.8. Al contrario, la oblación de Caín no cumplió las expectativas divinas, y Dios no lo vio con agrado.

De nuevo se emplea el término en el 32.20. Jacob le dio un presente a Esaú en la esperanza de aplacar su ira. Los hermanos de José le dieron un *minchah* como homenaje y gratitud por favores recibidos, 43.26. Ellos reconocieron así la autoridad y dignidad de ese hombre. Más adelante en el Antiguo Testamento se emplea esta palabra al referirse a todo tipo de ofrenda; 1 Samuel 3.14, 1 Reyes 18.29, Malaquías 1.13.

En Levítico 2 el vocablo define una ofrenda específica que Dios ordenó para los hijos de Israel, haciéndoles recordar que ellos debían a Jehová todo su sostén. En efecto Dios dijo en ese sacrificio: “Si quieren reconocer lo que me deben a mí, yo les indicaré exactamente lo que deseo”. Le dio a Moisés instrucciones precisas, para que la ofrenda fuese aceptada y no sucediera lo que pasó con el sacrificio de Caín.

La oblación fue, entonces, la porción que el israelita le devolvió a Dios en reconocimiento de su grandeza y acuse de la provisión suya para las necesidades de ellos. Siendo de alimento, señalaba especialmente la provisión para su sostén diario. La idea de un memorial es inherente en la oblación, Levítico 2.2, Números 5.15. Fue de olor grato, ya que se lo presentaba para que Dios se contentara. Fue, en fin, un acto de adoración, agradecimiento y a la vez solicitud para beneficios futuros.

La oblación era también un complemento a las ofrendas repetitivas, en particular las de la mañana y la tarde, la sabatina y las de diversas fiestas periódicas. Estos sacrificios subsidiarios diferían algo de la oblación como ella figura en Levítico 2, ya que consistían meramente de harina fina mezclada con aceite en cantidades prescritas según el animal ofrecido, Números 15.4 al 10. También, personas particulares daban la oblación del Capítulo 2; por ejemplo, en la consagración de los sacerdotes y levitas, Levítico 6.20; al final del juramento del nazareo, Números 6.15; para la limpieza del leproso, Levítico 14.20.

En común con las otras oblaciones de olor grato, ésta señalaba a Cristo, quien se dio a sí mismo cual “ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante”, Efesios 5.2. La encarnación y vida de Cristo eran necesarias para el logro de su muerte expiatoria. Este hecho, enseñado en la asociación obligatoria del holocausto y la oblación, señala a esta última como un tipo de la vida y servicio de Cristo. La idea no es, como en el caso del holocausto, la entrega de su vida en muerte, sino en vivirla aquí para Dios.

Al presentar a Cristo ante Dios como su holocausto, el cristiano le aprecia también como el perfecto antitipo de la oblación. En ella se le presenta al Señor como el que cumplió de un todo lo que Dios exigía; que Dios envió para proporcionar el sostén de nuestra vida espiritual; que era el pan de vida que descendió del cielo, Juan 6.51. Si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre. Nos alimentamos de Cristo, reconociendo que su vida aquí entre hombres era necesaria para nuestra bienaventuranza.

Los ingredientes

Para el israelita, tres ingredientes eran esenciales en la oblación: (1) harina, (2) aceite, (3) incienso, Levítico 2.1. Cada elemento tiene su significado.

La harina, producto de moler el grano de trigo, manifiesta la humillación de Cristo en “hacerse hombre y sucumbir”. Igual con Dios, Él fue hecho en semejanza nuestra, pecado

aparte. Se empleaba la “flor de harina”, o sea, la fina, cual figura de una consistencia de carácter y atributos. La falta de granos sugiere que en Él ninguna gracia sobrepasaba a otra.

El aceite es emblema del Espíritu Santo, aquel que poseyó a Cristo sin medida, Juan 3.34. Él estaba lleno siempre del Espíritu, guiado constantemente por Él.

El incienso, el más fragante de todo bálsamo, señala la fragancia de aquella que agradó siempre al Padre. “Mirra, áloe y casia exhalan todos tus vestidos”, Salmo 45.8. Su modo de ser producía un olor grato.

Cada oblación se sazonaba con sal, llamada “la sal del pacto” en Levítico 2.13. Se empleaba la sal corrientemente en la ratificación del pacto, 2 Crónicas 13.5. Aprendemos de esto que la oblación, al igual que otras ofrendas, era un reconocimiento del testamento de Dios con Israel y señala a Cristo como el nuevo pacto. La sal, cual ingrediente que impide la corrupción, señala a la vez la vida del Señor Jesús como debidamente sazonada, sin deterioro de pensamiento o palabra.

Por otro lado, se prohibía ofrecer levadura o miel con la oblación. Estos aportan a los alimentos, pero cada uno a su manera conduce a que se corrompan. La levadura, típica de la malicia y maldad, 1 Corintios 5.8, no se encontraba en Cristo; en Él no hubo pecado, 1 Juan 3.5. La miel, un edulcorante natural, sugiere la glorificación propia que caracteriza a la carne, Proverbios 25.27. Cristo no buscó la exaltación propia, sino la gloria del Padre, Juan 7.18.

El rito

El procedimiento relacionado con esta ofrenda se expone en Levítico 2.2,3. Se la presentaba al sacerdote, sacando de ella un puño de harina y aceite para que fuese quemado sobre el altar.

De la porción quemada se dice que:

- era para memorial, recordando al israelita de lo que le debía a Dios;
- era ofrenda encendida, o por fuego, siendo consumada para indicar que Dios la aceptó;
- era de olor grato, dándole satisfacción a Dios.

En Levítico 2, Dios ordenó que se pudieran ofrecer tres productos como oblación; a saber, grano, masa y pan; versículos 14, 1 y 4. Estos representan tres etapas en la preparación del alimento del pueblo:

Las espigas de las primicias, o el grano del trigo, era comida común en tiempo de cosecha; Rut 2.14.

La masa sería el mismo trigo molido en harina y mezclada con aceite como paso intermedio.

La harina ya cocida era, en efecto, el pan.

Pero este pan se dividía también en tres formas según su preparación: (i) cocido en horno, (ii) en sartén, y (iii) en cazuela.

Y, siguiendo, el pan cocido en horno podía tomar la forma de tortas sin levadura, preparadas de una mezcla de harina fina y aceite, o podían ser hojaldres, también sin levadura y untadas con aceite.

En cada caso se ofrecía algo elaborado. El israelita presentaba una cosa el producto de su esfuerzo, figura de ofrecer su vida a Dios.

Como en el caso de los holocaustos, había oblaciones obligatorias y voluntarias. Con los diversos holocaustos estatutarios el israelita llevaba su oblación como suplemento y según reglas en cuanto a su naturaleza y volumen. Siempre contenían la flor de harina y el aceite, pero no la misma cuantía en cada caso. Con un novillo se ofrecían tres décimas de un efa de flor de harina amasada con la mitad de un hin; con un carnero, dos décimas de flor y la cuarta parte de un hin; con un cordero, la décima parte y la cuarta, respectivamente; Números 15.4 al 11. [efa = 37 litros; hin = 6,2 litros]

Estas diferentes cantidades sugieren diversas medidas de apreciación de la provisión divina, como los diferentes animales en el holocausto sugieren diferentes intensidades de adoración. Hoy día cada creyente reconoce en su medida respectiva el valor ante Dios de la vida y el servicio de Cristo cuando aquí en el mundo. De quien mucho es dado, mucho se espera.

La enseñanza expuesta

Estamos ante un cuadro apto de Cristo. Cada vez que hablamos a Dios de la vida del Señor Jesucristo nos acordamos de cuánto le debemos a Él por el don de su Hijo, quien se hizo hombre para traernos el bien. Reconocemos a la vez que vivió su vida en entera devoción a Dios. Escuchamos al Salvador decir: “Me preparaste cuerpo ...Vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad”, Hebreos 10.5,7. A la vez, comprendemos algo de la satisfacción que el Padre recibió de esa vida, oyéndole anunciar dos veces del alto cielo: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia”, Mateo 3.17, 17.5. Así presentamos a Cristo en nuestra oblación.

El creyente hoy día ofrecería su vida en servicio a Dios, pero de veras reconoce que el servicio suyo es tan inadecuado e imperfecto que él presenta más bien la obra perfecta de Cristo. Esto corresponde al tipo presentado en Levítico 2. Los diversos productos presentan diferentes facetas de la vida de Cristo. En cada caso la base de la oblación es la harina producida del trigo, el mejor ingrediente que el israelita empleaba para su pan; 1 Crónicas 21.23. El oferente presentaba sólo lo mejor de la cosecha, y así era la vida de Cristo.

Las diferentes etapas en el procesamiento del trigo para alimento sugieren diferentes habilidades, experiencias y épocas en el servicio de Dios.

El grano desmenuzado nos hace recordar la juventud del Señor en Nazaret, sujeto siempre al fuego de la santidad de Dios. La masa tipifica la perfección de su servicio público y la consistencia uniforme de su carácter en asociación con la plenitud del Espíritu. El hecho de cocinar sugiere el sufrimiento; no el del Calvario, sino los de la vida del Señor en preparación para el altar.

El sartén señala los sufrimientos que Cristo padeció al encontrarse en contacto con los efectos del pecado sobre la humanidad, su tristeza evidente a los demás; Juan 11.33,38. La cazuela nos conduce a recordar los ataques abiertos de sus enemigos mientras enseñaba; “...comenzaron a estrecharle en gran manera, y a provocarle que hablase”, Lucas 11.53. El horno simboliza los padecimientos que Él experimentó fuera de la vista humana, como cuando fue tentado solo por Satanás en el desierto.

Algunos sugieren que el aceite mezclado con la flor de harina representa la encarnación de Cristo, concebido Él por el Espíritu Santo, y que las hojaldres untadas serían figura del unguimiento de Cristo por el Espíritu en su bautismo.

Nos queda por considerar otro punto, y es la relación del sacerdote con la oblación. Se trata en Levítico 6.14 al 18.

Una vez quemado el puño de harina, etc. sobre el altar, el sacerdote recibía el remanente de Dios como alimento. El hecho de que Dios lo haya designado como santo, y que ordenara

que fuese cocido y consumido en el lugar santo, sugiere que todo le pertenecía a Dios, quien le dio el remanente al sacerdote para su sostén.

En esto el creyente se percibe a sí mismo representado en el sacerdote. Al ofrecerle a Dios las perfecciones de la vida de Cristo como su oblación, Él recibe de Dios lo que mantiene su propia vida espiritual y satisface su alma. El creyente aprecia cuánto es que le debe a la actividad de Cristo a favor suyo aun ahora.

Él es Jesucristo el mismo ayer, y hoy y por los siglos. Se ven en Él las mismas características que controlaron sus actividades a favor de los hombres cuando aquí en nuestro mundo. Entonces, ¿en cuál de las diversas medidas reconocemos nosotros cuánto le debemos a Él como nuestro gran sumo sacerdote, nuestro abogado, pastor y amigo?

IV Las paces

En el capítulo 3 de Levítico Dios pone delante de Israel sus requerimientos con respecto a la ofrenda de paz. El nombre viene de la palabra hebrea *shelem*, significando seguridad. Diversas traducciones de las Escrituras al castellano la llaman “hostia de pacíficos”, “sacrificio de reconciliación”, y “de comunión”.

Se encuentra previamente en el Testamento la idea detrás de esta ofrenda, cuando un sacrificio a Dios ha dado lugar a una comida con otras personas. En Génesis 31.54, Jacob y Labán se encuentran para tomar un juramento ante Dios y participan de una comida al estilo de ofrenda. Jetro, al dar gracias a Dios por haber librado de Egipto a Moisés y los hijos de Israel, ofreció sacrificio y se sentó ante Dios a comer con Aarón y los ancianos del pueblo, Éxodo 18.12.

Así, como en el caso del holocausto y la oblación, le plugo a Dios utilizar una costumbre ya establecida para corregir lo deficiente en la metodología humana, suplir lo que faltaba y a la vez señalar a Uno que vendría cual perfecta ofrenda de paz por la humanidad.

La ofrenda de paz era un sacrificio de salvación. Se presentaba

al dar las gracias por ser rescatado, Levítico 7.12

al cumplirse un juramento (o sea, ver la salvación realizada), 22.21

como ofrenda de buena voluntad, simplemente para expresar el deseo de regocijarse con Dios, como hizo Salomón en la dedicación del templo, 1 Reyes 8.63.

Las paces consistía básicamente en un animal beneficiado, una parte del cual se daba a Dios en fuego, otra parte al sacerdote como alimento y otra para el mismo oferente como comida festiva. De esta manera el israelita reconocía su paz con Dios e indicaba su deseo de comunión con otros al expresar la paz encontrada en la salvación divina. Fue ocasión de regocijo por la paz experimentada, como en Lucas 15.23, y a la vez expresaba la satisfacción que tiene Dios por la paz impartida.

Cuán perfectamente figura Cristo anticipadamente en la ofrenda de paz. Nos regocijamos en Él quien es nuestra paz, Efesios 2.14; por Él tenemos paz con Dios, Romanos 5.1; Él hizo la paz por la sangre de su cruz, Colosenses 1.20. Cristo nos proporciona la paz y satisface el anhelo de nuestro corazón, ya que nos brinda la seguridad y certeza de vida eterna.

La ofrenda y sus ingredientes

Se escogía entre tres posibilidades el animal a presentarse como ofrenda de paz, 3.1,6,12: ganado vacuno, o del rebaño. Tenía que ser sin tacha, como en el holocausto. Sin embargo, en el 22.23 se contempla la posibilidad de ofrecer un buey o carnero deficiente, pero sólo en el caso de una ofrenda voluntaria.

Había más libertad de elección que para un holocausto, ya que podía ser macho o hembra, pero por otro lado no existía la opción de una tórtola o un palomino. Entendemos esta libertad al comprender que el propósito principal era de participar en una comida como sacrificio. Dios permitiría mayor opción para que la gente se juntara con Él con mayor facilidad y frecuencia en la comunión de la gratitud. Mal podrían participar varios de una sola ave pequeña.

Este abanico de posibilidades encuentra explicación en la persona de Cristo. Como nuestra ofrenda de paz, Él llena ampliamente toda exigencia. Dios tiene complacencia en su propia apreciación de su Hijo. Como sacerdotes nosotros nos gozamos en ministrar a otros de la paz encontrada en Cristo; como participantes en la fiesta expresamos nuestra gratitud por la salvación que Cristo ha efectuado. La meditación en Él produce una abundante satisfacción y acción de gracias, y los animales de diversos tamaños sugieren diversas comprensiones de su persona.

Dios ordenó que esta ofrenda fuese acompañada de tortas:

- sin levadura, y mezclada con aceite antes de cocinarse
- sin levadura y mezclada con aceite después de cocinada
- sin levadura pero frita en aceite
- pan leudado.

Se presentaba a Dios una de las tortas, y al sacerdote otra. Levítico 7.11 al 14.

En ellas vemos un cuadro del servicio que hombres y mujeres le prestaron al Señor cuando Él estaba aquí. La ausencia de levadura hace pensar en aquellos santos en quienes el Espíritu moraba, Juan 14.17, y quienes servían a Jesús: María, Lucas 1.35; Juan el Bautista, 1.15; Simeón, 2.25. Las tortas con levadura nos hacen pensar en los publicanos y pecadores con quienes Cristo comía. Le agradó aceptar lo que los impíos le ofrecieran, aun la mujer de la ciudad que le lavó los pies, 7.44.

El rito

El procedimiento se distinguía en algunos pasos con el del holocausto. El oferente presentaba su sacrificio a la puerta del tabernáculo, colocaba las manos sobre la cabeza del animal, identificándose así con él. Allí mató la víctima, el sacerdote tomando la sangre para esparcirla sobre el altar. En esto se siguió el procedimiento del holocausto, recordando al israelita de que el animal había tomado el puesto suyo en muerte; su sangre rociada le expiaba.

El oferente quitaba cuatro partes del animal como la porción para Dios:

- el velo que cubría los intestinos, el omento, una membrana en forma de tejido que normalmente carga mucho sebo
- la gordura floja que se adhiere a los intestinos
- los dos riñones y la gordura que los cubre
- la grosura de los intestinos sobre el hígado. Literalmente, este sebo es el tejido que se extiende del riñón, no tanto una parte del mismo sino un omento menor.

Estas porciones contienen prácticamente todo el sebo dentro del animal. Una excepción se nota en el caso del cordero. Como se encuentra en Palestina, el cordero cuenta con otro depósito significativo de grosura en la parte superior del rabo. Así es que leemos en el 3.9 que la porción para Dios incluiría “la cola entera, la cual quitará a raíz del espinazo”.

Con sus propias manos el oferente entregaba toda la gordura al sacerdote para que fuese quemada sobre el altar. Le correspondía a Jehová, cual ofrenda por medio de fuego. Su significado era una plena devoción a Dios; para Él era de aroma agradable: “Vianda es de ofrenda que se quema en olor grato a Jehová; toda la grosura es de Jehová”, 3.16. La aprobación divina se evidenciaba por el hecho de ser consumida.

Realizado este paso, el oferente le daba al sacerdote las porciones suyas: el pecho mecido y la espaldilla elevada, 7.34. Quizás tanto el oferente como el sacerdote movían el pecho del animal de un lado a otro en un movimiento horizontal: primeramente hacia el altar para simbolizar su presentación a Dios, y luego hacia el sacerdote como para él. De la misma manera se hacía con la espaldilla, 10.15, pero ahora hacia arriba para Dios en reconocimiento que era un presente suyo para el sacerdote.

De último se participaba en la comida que era parte íntegra de la ceremonia. Dios les devolvía al oferente y su familia lo que restaba del animal sacrificado. Lo comían delante de Jehová en el lugar donde Él escogió poner el nombre suyo, Deuteronomio 12.11,18. Era ocasión de regocijo, 12.7; Dios era el anfitrión, ya que el animal le había sido dado a Él y lo compartía con los israelitas.

¡Bien han podido comer ellos con alegría! 1 Corintios 10.18 explica que al comer de esta manera el israelita expresaba su comunión con el altar, o sea, con Dios.

Él tenía que hacerlo el mismo día en el caso de una ofrenda de gratitud, pero podía dejar una parte hasta el día siguiente en el caso de un voto o una ofrenda de voluntad propia. Lo que quedaba, se debía quemar. No se aceptaba la ofrenda si una parte fuera dejada hasta después del lapso establecido; el oferente tenía que responder por su dejadez, ofreciendo otro sacrificio. Dios no quería demora entre el acto de beneficiar el animal y la participación del mismo; el oferente no debía olvidarse de la muerte al disfrutar de sus beneficios.

Fue necesario cumplir con varias condiciones al participar de la ofrenda de paz. No era permitido comer de carne que había tenido contacto con lo ajeno; era quemado. Quien comiera tenía que estar ceremonialmente limpio. Al no respetar esta norma, uno sería excomulgado, quedando su persona y sus bienes fuera del alcance de la protección de los ancianos de la nación. O sea, perdería los privilegios del pacto; Levítico 7.15 al 21. Compárese Génesis 17.14.

En cuanto a las prohibiciones, observamos que no les era permitido comer el sebo; era de Dios. Tampoco podían consumir la sangre, Levítico 7.22 al 27; la vida estaba en la sangre, y era para expiación, 17.11.

La enseñanza expuesta

En esta ceremonia vemos a Cristo como el oferente, el sacerdote y la ofrenda.

Como oferente, se presentó a Dios para la salvación nuestra, Hebreos 10.7. Se entregó a la muerte para que todos participasen en la satisfacción que su muerte trajo. Nosotros, como uno con Él y miembros de su cuerpo, apreciamos a Cristo hoy día cual ofrenda de paz nuestra, identificándonos con Él en muerte, Gálatas 2.20.

En el animal beneficiado vemos a Cristo dándose voluntariamente a la muerte a favor nuestro. Nadie le quitó la vida; Él tenía poder para ponerla, y la puso, Juan 10.18. El sacerdote, al rociar la sangre, habla de Cristo al presentar la sangre suya a Dios en los cielos,

donde ella habla hoy, Hebreos 12.24. Vemos también a Cristo como oferente que divide el sacrificio. El sebo es para Dios, como excelencias escondidas y perfecciones secretas que tan sólo el Padre ha podido estimar en Cristo. Nadie conoce al Hijo, sino el Padre, Mateo 11.27. “Sólo el Padre en gloria allí, del Hijo supo el amargor”.

La porción para el sacerdote, el pecho y la espaldilla, habla de la satisfacción especial que Cristo encuentra en algunos de sus propios atributos.

El pecho es símbolo del afecto y el hombro de fuerza. Cuántas veces habló el Señor del amor suyo hacia Dios, los suyos y el mundo. Habló también del poder suyo para sanar, Lucas 5.17; enseñar, Lucas 4.32; perdonar pecados, Mateo 9.6; morir y resucitar de entre los muertos, Juan 10.18; vencer al fuerte, Satanás, Mateo 12.29; venir en gloria real, Mateo 24.30. De veras, todo poder le fue dado a Él, Mateo 28.18. Cristo se alegra cual gigante para correr el camino, Salmo 19.5.

Pero los creyentes encuentran el gozo suyo en Cristo como la ofrenda. Le estimamos como nuestra ofrenda de paces. Él fue puesto a la muerte por nosotros, su sangre esparcida a favor nuestro. Dios recibió la porción suya, por cuanto avalora las excelencias escondidas de Cristo. El Señor mismo también ha recibido lo suyo en ver del fruto de la aflicción de su alma, quedándose satisfecho.

Queda, entonces, la comida que es parte integral de la ofrenda. Es la comunión del creyente con Dios, un símbolo de la amistad y paz con Dios. Se come la ofrenda hoy en el lugar señalado y según la ordenanza dada. Dios le convida al creyente a sentarse a la mesa suya y gozar de comunión con Él, Hebreos 13.10. Es una experiencia nuestra no tan sólo en la cena del Señor, sino en toda la provisión de Dios a favor nuestro. Nos alimentamos de Cristo quien padeció por nosotros; su carne, dada por la vida del mundo, sostiene nuestra vida espiritual, Juan 6.51.

“El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?” 1 Corintios 10.16. En la cena nos sentamos en comunión con Dios, regocijándonos en lo que Cristo ha hecho a favor nuestro; Lucas 22.19,20. El mandamiento a participar del animal en el día de su muerte nos hace recordar que debemos mantener siempre en mente la muerte de Cristo; en la gloria se le ve como si fuera el Cordero recién inmolado, Apocalipsis 5.6.

Al traer su ofrenda, el israelita tenía que participar de la porción suya en ese día o en la noche, siéndole permitido dos días en el caso del voto o la ofrenda por iniciativa propia. Una demora hasta el tercer día nunca sería admisible.

La mañana tipifica el tiempo de la manifestación de Cristo, Juan 21.4, la ocasión de nuestra salvación, Romanos 13.12. El tercer día es el de la resurrección, 1 Corintios 15.4. Ambas figuras sugieren que en la cena del Señor nos concentramos en Cristo como las paces en espera de la redención de nuestros cuerpos. La fiesta es hasta que Él venga, 1 Corintios 11.26.

Además, el la acción de gracias a Dios por su Hijo debe contar con un lugar prominente en las peticiones cada vez que nos reunimos para la oración. Nos regocijamos junto con Dios, compartiendo con Él nuestras diversas apreciaciones de Cristo y expresando gratitud por la gran salvación que nos ha proporcionado.

El creyente debe estar en la correcta condición espiritual para participar de esta ofrenda de paz. Para contar con la comunión con Él, no podemos andar en tinieblas, o sea, una vida caracterizada por impureza de motivos, pensamientos, palabras o hechos, 1 Juan 1.6. La limpieza de esta maldad exige la confesión de nuestros pecados y el reconocimiento día a día de la eficacia limpiadora de la sangre de Jesucristo su Hijo, 1.7.

A la vez, el cristiano puede hacerse partícipe de la porción del sacerdote en esta ofrenda. Mientras ministra Cristo a los demás, Él mismo recibe el pecho mecido y la espaldilla elevada. Él avalúa aun más el afecto de su Señor y experimenta el poder de Cristo para suplir sus muchas necesidades. Busquemos más y más este servicio santo y sus galardones abundantes.

V El sacrificio para expiación

Nota del traductor: Hablaremos del sacrificio de *expiación* en esta sección, a sabiendas de que el título añadido al texto de muchas ediciones de la Biblia es “el sacrificio *por el pecado*”. En la sección siguiente hablaremos del sacrificio de *restitución*, a sabiendas de que la edición de las Escrituras que más se usa en castellano no ofrece un título que aclare bien el asunto; dice simplemente “Ofrendas *expiatorias*”. Procuraremos evitar el término *sacrificio por el pecado*, ya que en realidad abarca dos ofrendas.

El autor de este escrito nos enseña que el primer tema se extiende hasta el 5.13 y el segundo empieza en el versículo siguiente. La Biblia anotada por Scofield, por citar un ejemplo bien conocido, sugiere más bien que el capítulo 4 trata de “la ofrenda por el pecado”, el capítulo 5 de “la ofrenda de expiación” y el 6 de “la ofrenda de expiación y restitución”.

El trozo 5.1 al 13 es difícil. Me ayudó un comentario de otro autor, C.S. Stuart: “Para una clase de las ofrendas por el pecado, Jehová tomó en cuenta la *capacidad* del oferente, 5.1 al 13, y para otra clase la *medida de su responsabilidad*”.

Los detalles de la ofrenda por la expiación se encuentran en Levítico 4.1 al 5.13, con instrucciones adicionales en 6.24 al 30.

La palabra hebrea traducida como “ofrenda por el pecado” es *chattath*, procedente de una raíz que significa no dar en el blanco. A veces se traduce simplemente “pecado”, o sea, la ofensa, Génesis 18.20; pero se encuentra mayormente como el término técnico para la manera en que se cubría el pecado; o sea, la ofrenda que queremos considerar ahora. En Levítico 4.3 encontramos la expresión dos veces, traducida primeramente como “pecado” y luego como “expiación”.

A diferencia de las ofrendas que hemos visto hasta ahora, no hay mención alguna de esta ofrenda hasta que se dio la ley ceremonial. Génesis 4.7 no es una excepción; fue el pecado (y no la ofrenda por el pecado) que estaba a la puerta de Caín.

La expiación del pecado es un concepto nuevo, encerrado por cierto en el holocausto y las paces pero resaltado aquí. No se encuentra esta ofrenda antes del Sinaí, ya que por la ley vino el conocimiento del pecado. No se inculpa de pecado donde no hay ley, Romanos 5.13.

Se especifica claramente el propósito de la ofrenda de expiación. Fue para expiar al israelita que había quebrantado la ley de Dios y restaurarle a una debida relación con Él; Levítico 4.31. Su propósito no tenía que ver con el pecado cometido adrede; éste llevaba su propio juicio. Se satisfacía más bien la exigencia de un pecado cometido sin el propósito de hacerlo, pero del cual el ofensor tenía conocimiento.

Se encuentran en 5.1 al 4 ejemplos de lo que la ofrenda prevenía. Cuando un israelita se daba cuenta de qué había hecho, él tenía que confesarlo, 5.5, y traer la ofrenda, 5.6. Habla allí del “pecado que cometió” pero mejor sería “por su culpa”. En el animal presentado como su sustituto, el oferente recibió el castigo que le correspondía a él.

Es importante observar que este sacrificio fue la provisión de Dios para su propio pueblo, a saber los que se habían protegido por la sangre del cordero pascual, redimidos ya de la servidumbre de Egipto. Fue un prelude necesario a las demás ofrendas en el deseo del israelita de adorar. Este sacrificio le infundió una profunda conciencia del pecado y la culpabilidad, aun desconociendo él lo que había hecho. Todo tenía que ser expiado, y sólo por sacrificio.

Los animales sacrificados

Ante diferentes rangos de pecadores se exigían diferentes animales, enfatizando así una mayor responsabilidad de parte de unos en comparación con otros.

Eran cuatro los grupos:

El sumo sacerdote, Levítico 8.12, tenía que traer un becerro, 4.3 al 12

Se exigía un sacrificio similar por toda la congregación, 4.13 al 21

Un jefe tenía que traer un macho cabrío, 4.22 al 26

Uno del pueblo común debía presentar bien sea una cabra, 4.27 al 33, una hembra ovejuna, 4.32 al 35, dos tórtolas o dos palominos, 5.7 al 10, o la décima parte de un efa de flor de harina, 5.11 al 13, cada cual según su capacidad.

El becerro del sumo sacerdote era la misma ofrenda exigida del pueblo entero, ya que el pecado de ese hombre incidía en toda la congregación. Parece que el mayor rango demandaba algo de mayor valor, dando a entender que en los ojos de Dios el pecado era más serio.

La aplicación de esto hoy día es obvia. Los que asumen responsabilidad deben cuidarse del pecado. El pecado es por demás pecaminoso en aquellos que cumplen un servicio en la iglesia, sea el de anciano, maestro, evangelista o instructor en la escuela dominical; Santiago 3.1. Un pecado que impacta en toda la asamblea es también muy serio en los ojos de Dios; véase Amós 3.2. Así como Israel tenía que ser santo, estando a la vista de las otras naciones, la asamblea es un centro del cual se extiende el evangelio, y ella tiene que mantener una reputación sin tacha.

Un jefe, líder de la tribu, estaba en una posición de autoridad seglar. Su sacrificio, siendo de mayor valor que el del pueblo común, indica un mayor grado de responsabilidad en cuanto a la santidad de vida. El creyente de estos tiempos que ocupa un cargo prominente en el mundo tiene también el deber de cuidar que no sufra su testimonio ante los hombres.

El pueblo común no estaba exento de presentar la ofrenda por su expiación. Hay que expiar el pecado en todo aquel que lo tenga. Pero Dios en su gracia hizo posible que todos, aun siendo pobres, tuvieran esta oportunidad. Estos ciudadanos escogían entre cuatro grados de ofrenda, según fuese su posibilidad. Se incluía aun el de menos recursos, quien podía traer tan sólo la décima parte de un efa de harina. Dios estaba mostrando que Él toma en cuenta los pecados de todos sus hijos, aun los que tal vez sean de poco importe ante sus prójimos.

A la vez, Cristo es el sacrificio para la expiación a la disposición de todo creyente. Hay que estimar el valor de la sangre suya para limpiar de todo pecado, antes de acercarse a Dios. Antes que Él acepte del creyente a Cristo como el holocausto, ese creyente debe reconocer su deber ante Cristo como su ofrenda.

Se describen en Levítico 5.1 al 4 los tipos de pecados que exigían esta ofrenda, y la lista es adicional a los que se cometen inconscientemente según 4.2,13,22. Si bien ningún pecado es tan trivial en los ojos de Dios como para ser pasado por alto, Él es bondadoso y desea

perdonar aun las transgresiones menores. Para algunos pecados, los truenos de la ley demandaban juicio inexorable, Números 15.30.

Pero los que se cometían sin pleno conocimiento, negando testificar cuando uno ha debido, tocando cosa inmunda, hablando temerariamente por estas cosas Dios tenía al ofensor por culpable pero a la vez hizo provisión para que expiara la culpa por medio de una ofrenda. En todo esto Él nos enseñaría que los pecados estimados como poca cosa según normas humanas no son insignificantes ante Él, sino que estorban la debida adoración de parte del creyente.

El rito

El procedimiento del sacrificio para la expiación consistía en seis acciones:

Traer una ofrenda a la puerta del tabernáculo

Poner las manos sobre el animal, posiblemente confesando el pecado, Levítico 5.5, 16.21

Matar la víctima donde se efectuaba el holocausto

Atender a la sangre: (a) En el caso del sumo sacerdote o la congregación entera, el sacerdote la rociaba ante el velo, ponía una parte sobre los cuernos del altar de incienso y derramaba el resto a la base del altar de cobre; (b) En los demás casos, él ponía una parte sobre los cuernos del altar de cobre y el resto a su base

Quemar el sebo sobre el altar de bronce

Disponer del remanente del animal beneficiado: (a) Tratándose de la ofrenda para el sumo sacerdote o la congregación entera, era quemado fuera del campamento; (b) En los demás casos, el sacerdote comía el sobrante, Levítico 6.29,30.

Cuando se ofrecían aves se exprimía la sangre de una de ellas sobre un costado del altar de cobre y se derramaba el resto al pie del altar. Se ofrecía la segunda ave como holocausto, 1.15 al 17. Al traer harina, no se añadía aceite ni incienso como se hacía para un holocausto. Sin embargo, se quemaba un puño de harina sobre el altar como memorial.

Un estudio de estos procedimientos arroja observaciones interesantes. En todo caso se presentaba la ofrenda en el mismo lugar: la puerta del tabernáculo. No hay distinciones entre pecadores ante los ojos de Dios; Romanos 3.22,23. Las manos puestas sobre la víctima y la confesión de pecado indicaban la identificación del oferente con la ofrenda y hacían saber que ese animal llevaría el juicio que correspondía al pecado cometido.

La mención específica de que se efectuara este sacrificio en el lugar donde se ofrecía el holocausto nos hace ver el nexo entre las dos ceremonias. El mayor detalle acerca de la sangre del animal en el sacrificio por el pecado hace resaltar la verdad de Hebreos 9.22: “Sin derramamiento de sangre no se hace remisión”.

El esparcimiento de la sangre de la ofrenda del sacerdote y la congregación ante el velo nos recuerda que las transgresiones de los sacerdotes de Dios deben ser expiadas en el lugar santo, donde tan sólo entraban sacerdotes en ese entonces. Tratándose del jefe y el israelita del pueblo, se aplicaba la sangre sólo al altar en el atrio, el único sitio en el tabernáculo al cual ellos tenían acceso. Así, mientras más el pecador se acercaba a Dios, más intensa tenía que ser la expiación.

Y, como en el caso de la ofrenda de paces, la gordura le correspondía sólo a Jehová. Se quemaba toda sobre el altar como evidencia visible de la aprobación divina de la parte más estimada. Un punto final es que la quema fuera del campamento de los desechos del animal

del sumo sacerdote o la congregación entera nos recuerda que en ese lugar se castigaba al blasfemo, Levítico 24.14,15.

La enseñanza expuesta

Este sacrificio para la expiación del pecado era una provisión que Dios hizo para los que ya estaban amparados por la sangre del cordero pascual. Esto indica la necesidad del creyente de estimar a Cristo como la ofrenda por su pecado antes de acercarse a Dios en adoración o servicio; Hebreos 9.14. *La figura no es tanto la del pecador en busca de la salvación inicial, sino de la provisión en Cristo por los pecados en la vida diaria después de salvo.* Uno hace bien al estar consciente de sus pecados, aun regenerado ya, y de su necesidad de la limpieza si aspira agradecer a su Señor.

Todo aquel que pecare, cualquiera su rango, tenía que traer su ofrenda y matarla ante el altar de cobre. Todo creyente, sin consideración de su situación en la iglesia, puede contar con una misma ofrenda, la muerte de Cristo en cruz. “La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado”, 1 Juan 1.7. Así como el israelita confesaba su pecado, colocando la mano sobre su ofrenda, el creyente encontrará que si confiesa su pecado, Dios le será fiel y justo en perdonar.

El esparcimiento de la sangre en el lugar santo conduce nuestros pensamientos a la sangre de Cristo que prevalece a favor nuestro en el Lugar Santo, el cielo, al cual tenemos acceso hoy día cual sacerdotes; Hebreos 9.12, 10.19 al 22, 12.24. El sacerdote esparcía la sangre, y el Sacerdote nuestro en la gloria presenta ahora a Dios el valor de la sangre suya como propiciación por los pecados nuestros. A esta función Él fue nombrado por Dios, 2.17.

El sebo quitado como lo fue también en las paces y su quema sobre el altar para dar un olor grato a Jehová, indica la delicia que tiene Dios en el sacrificio de Cristo como nuestra ofrenda expiatoria. La voluntad de Jehová ha sido en su mano prosperada. Se quemó esta gordura fuera del campamento como recordatorio a nosotros de que “Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta”, Hebreos 13.12. Fuera de Jerusalén, Juan 19.20, en el lugar de reproche, el Rey de gloria se sometió a esta humillación.

Por su amor manifestado, vamos a él;
quien sufrió real afuera, Vamos a él.

La ley del sacrificio para la expiación del pecado en Levítico 6.24 al 30 nos impresiona con la santidad que Dios lo asignaba. Se comía tan sólo en el lugar santo; sólo varones lo hacían; se colocaba en vasos santos; era muy santo. Y así con el gran antitipo de esta ofrenda. Él no era un sacrificio de sobrantes o rechazos, sino el Santo, el que se ofreció sin mancha a Dios, Hebreos 7.26,27.

Que vaya en aumento, entonces, nuestra apreciación del valor de la obra de Cristo en el Calvario por los pecados nuestros. Que le veamos de nuevo “hecho pecado por nosotros”. Que nos apresuremos a valernos de su obra expiatoria en bien de aquellos pecados que cometemos tan prestamente como creyentes. Nos incumbe reconocerlos y juzgarlos a la luz de la santidad de Dios, no comparándolos con lo que otros hacen. Confesemos nuestros pecados, buscando perdón y limpieza por la sangre de la cruz; es ésta la ofrenda por la expiación del pecado que vale hoy día. De esta manera, podremos proceder en el santo ejercicio de la adoración.

VI El sacrificio para restitución

Bajo el esquema levítico había una asociación estrecha entre el sacrificio para la expiación y el sacrificio para la restitución. Ambos eran por el pecado, el primero enfatizando la necesidad que el pecador fuese limpiado y reconciliado con Dios, y el segundo enfatizando la satisfacción por la falta cometida. Las dos ofrendas son de distinguirse del holocausto, la oblación y el sacrificio de paces por ser estas tres ofrendas de olor grato, mientras que la de expiación y restitución tienen que ver con el pecado y la necesidad de la restauración del ofensor a Dios.

La palabra hebrea *'asham* se ha traducido como *sacrificio por la culpa* (el 7.1 y varias veces en Levítico 14) o *en expiación* (v.g. 5.6,18, 6.6) o *infracción* (5.19). Se emplea el término al referirse a:

el hecho de delinquir, Salmo 68.21 (“el que camina en sus pecados”)

la ofrenda para la restitución, Levítico 5.18 (“traerá al sacerdote para expiación”)

el resarcimiento de una falta, 1 Samuel 6.3, (“no la enviéis vacía, pagadle la expiación”).

'asham encierra la idea de un daño a otro. A veces es muy difícil separarla de *chattath*, “pecado”, ya que toda culpa es pecado. A veces se intercambian las palabras, como Levítico 5.6 que se refiere a la ofrenda que ya hemos tratado. Parece, sin embargo, que *ásham* es el mal que se ha efectuado, mientras que *chattath* es el hecho de hacerlo.

Una culpa es cuantitativa, Esdras 10.10, y esta ofrenda tiene que ver con aquellos pecados que resultan en una deuda medible. Trata no sólo de la expiación, sino también con la reparación del daño material infligido a otro.

Se ordenó el sacrificio para la restitución para un tipo específico de pecado, descrito como una culpa, yerro y prevaricación, Levítico 5.15, 6.2. En estos versículos se emplea un vocablo que expresa la idea de actuar solapadamente, dando a entender que el ofensor se aprovechó de otro.

Se divide la culpabilidad en dos grupos:

en las cosas de Jehová, 5.14 al 19

en las cosas del prójimo, 6.1 al 7.

El yerro en las cosas de Jehová se divide a su vez en (1) lo que uno ha debido hacer pero no hizo; v.g., diezmar y dar de las primicias, Malaquías 3.8,9; y (2) lo que uno no ha debido hacer, como comer de la grosura de la ofrenda de paz, o sacrificar animales deficientes cuyos defectos uno sabía después, Malaquías 1.8. Se describe la idolatría bajo esta categoría, 2 Crónicas 28.22,23. No se había abusado a sabiendas en las cosas de Dios, como dice específicamente 5.15,18.

¿Hace falta que hablemos de la posibilidad de que creyentes hoy día incurran en culpa “en las cosas santas de Jehová?” Podemos retener de Dios sus exigencias justas sobre nuestro tiempo, recursos y energías. Son faltas que a veces cometemos sin darnos cuenta, pero debemos estar dispuestos a confesarlas, restituir a Dios lo que dejamos de darle y a la vez añadir la quinta parte. Cristo es el “carnero sin defecto” para nuestra ofrenda de restitución, y por Él reponemos lo robado y obtenemos el perdón.

Levítico 6.1 al 3 explica la naturaleza de una falta contra el prójimo. Es actuar deshonestamente en cuanto a un depósito bajo custodia, robar, calumniar, defraudar, encubrir lo que uno ha encontrado o jurar falsamente. En cada caso hay el asunto de aprovecharse de lo ajeno. Posiblemente se cometían estas prevaricaciones a veces sin darse cuenta, ya que

Éxodo 22.1 al 15 menciona castigos más severos para los hechos de deshonestidad voluntaria.

Observemos que la ofensa al prójimo era a la vez una ofensa contra Jehová, Levítico 6.2. Así fue necesario traer un carnero en todo caso para expiar esta falta ante Dios. Esta ofrenda era básicamente particular del oferente; su propósito era la satisfacción a otro por el abuso cometido y a Dios cuya ley había sido infringida. Nunca se ofrecía este sacrificio en días santos, ni lo hacía la congregación, como en el caso de la ofrenda para la expiación.

El rito

El procedimiento del sacrificio para la restitución consistía en:

- la confesión de la falta cometida, Números 5.7,
- el avalúo del daño y su restitución
- el sacrificio del carnero para Dios.

El sacerdote estimaba los daños en función de la medida del santuario, que era el siclo de plata, 5.15. [Una gera = 0,57 gramos; veinte geras = un siclo = 11,4 gramos de plata] Fue sólo después de 140 a.C. que se hablaba del siclo como una moneda. Era el peso usado para cuantificar los derechos que le correspondían a Dios; parece haber sido mayor que el siclo del comerciante, Génesis 23.16, y del rey, 2 Samuel 14.26.

Las diversas culpas se restituían según los pesos establecidos por el sacerdote. A esta cantidad se añadía una quinta parte para determinar cuánto dar al prójimo. En el caso que hubiese fallecido después de haber sido agraviado, sin dejar herederos, el dinero de la restitución iba al sacerdote como representante de Dios. El hecho de aumentar los daños con una quinta parte protegería contra demora en arreglar el asunto.

Solamente al haber atendido al pago, se ofrecía el carnero. Dios no consideraría el perdón sin que uno hubiese compensado los daños causados. A diferencia de la ofrenda para la expiación, se podía ofrecer un solo animal en sacrificio. En la ofrenda para la expiación había diversos grados de sacrificio, pero en esta ofrenda el mensaje era que no hay aceptación de personas con Dios, Romanos 2.11. Todos los que han defraudado deben reconocer el agravio y deben traer el carnero por su falta ante Dios. El carnero sería sin tacha, un símbolo de la perfección de Cristo conocida a Dios.

El propósito era la expiación del pecador, ya que todo yerro, sea contra Jehová o contra el prójimo, se consideraba como infidelidad a Dios, Levítico 6.2. Fue en este sentido que David reconoció: “Contra ti, contra ti sólo he pecado”, Salmo 51.4. Aun cuando había perjudicado grandemente a Urías, él había pecado contra Dios; compárese Lucas 15.18,21.

Que seamos conscientes siempre de que nuestras ofensas contra nuestros semejantes son ofensas contra nuestro Dios.

Se beneficiaba el carnero donde se preparaba el holocausto; fue al lado norte del altar de cobre, Levítico 1.11. La sangre se rociaba sobre el altar. En el sacrificio anterior el sacerdote la aplicaba con el dedo y en mayor detalle. El rito distinto para la sangre de esta ofrenda estriba del hecho de que en la ofrenda para la expiación era necesario limpiar todo lo que estaba afectado por el pecado. En esta ofrenda el aspecto sobresaliente era la restitución del daño causado; el rociamiento estaba en el trasfondo.

Luego se quitaba el sebo del carnero, como en las ofrendas de las paces y para la expiación, Levítico 3.9, 4.31. Se lo quemaba sobre el altar, cual ofrenda encendida a Jehová, 7.3 al 5. El resto pertenecía al sacerdote, para ser consumido por varones solamente, en el lugar santo.

Al igual que la ofrenda para la expiación, se trata de “cosa santísima”, una expresión relacionada a las partes que sólo los sacerdotes podían comer, 2.3.

La enseñanza expuesta

Se empleó proféticamente el término *'asham* al referirse al sacrificio de Cristo en el Calvario, Isaías 53.10. El propósito de Dios había sido frustrado por la caída; el hombre había pecado, cometiendo transgresión contra Dios, reteniendo lo que era de la Deidad. El honor divino se encontró lesionado, su trono desestimado, su gloria amenazada.

Pero Cristo, quien honraba siempre al Padre, pagó con creces la recompensa en sus sufrimientos en el Calvario. La cruz reveló el trono de Dios, su honor, su gloria de una manera jamás vista. La obediencia hasta la muerte honró a Dios; los padecimientos manifestaron la gloria de Dios; su disposición de sufrir vindicó la justicia del trono divino. Por la revelación del Calvario, mejor podrán los redimidos cantar en la eternidad del amor de Dios.

Sin contradicción, Cristo pagó por nosotros lo que no había robado, Salmo 69.4. Fijémonos en la expresión *mucho más* en Romanos 5. En el versículo 15, la gracia abundó mucho más que la transgresión, y en el 17 el imperio de la vida excede mucho más que el de la muerte. Pablo resume el asunto en el versículo 20, donde el pecado abundó pero “sobreabundó la gracia”. La muerte de Cristo satisfizo plena-mente todo lo que demandaba la justicia de Dios.

En el Calvario el Señor canceló de un todo la deuda que nuestros pecados habían incurrido, pero su sacrificio fue mayormente para Dios, con el fin de que Él se satisfaga en cuanto a nosotros. Dios avalúa las culpas nuestras según su propio estándar, “el ciclo del santuario”. El Señor Jesús pagó ese precio.

Así, Cristo se presentó a sí mismo ante Dios como una ofrenda para la restitución. Obsérvese Isaías 53.10: “Cuando haya puesto su vida en expiación”. [“Si ofreciere su alma por el pecado”, *Vulgata Latina*; “Cuando hiciere su vida por el pecado”, *Versión Moderna, 1893*; “Ofreciendo su vida en sacrificio por el pecado”, *Nacar-Colunga*; “Cuando él ponga su vida como medio expiatorio”, *Bover-Cantera*]

La experiencia suya allí fue más que un sacrificio, más que una muerte. Fue “muerte de la cruz”, Filipenses 2.8; fue la muerte que encerró la vergüenza, burla y soledad. De cierto, Él añadió la quinta parte por cuenta nuestra.

Hoy día estamos muy conscientes de que un creyente puede incurrir en culpa y abusar los derechos de sus semejantes. Uno tal vez actúe falsamente en negocios; se aprovecha de las circunstancias adversas de otro para obtener beneficio para sí; roba tiempo de su patrón; no paga a otro su jornal justo, Santiago 5.4; no le entrega a su dueño algo que encuentra extraviado.

¿Qué debe hacer? La ofrenda para restitución nos enseñaría que no podemos esperar ser perdonados hasta haber satisfecho a aquel a quien hemos abusado. Confesemos el yerro, por humillante que sea la experiencia. Restituyamos en lo posible el daño causado, y con creces.

Esta restitución tiene que ser según las normas divinas, y no los rebajados estándares humanos. No se permite que uno se declare en bancarrota y por ende exento de cancelar sus deudas con otras personas. La Palabra de Dios exige una cancelación completa.

El yerro se valora según “el ciclo del santuario”. Luego, uno le presenta Cristo a Dios como su ofrenda de restitución, cual Cordero sin mancha y sin contaminación, Cordero éste que lleva el pecado del mundo. Es así que el hijo de Dios logra “tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres”, Hechos 24.16.

VII La libación

Dos ofrendas subsidiarias acompañaban la mayoría de las principales bajo el régimen levítico; a saber, la oblación y la libación. Veamos ahora la segunda de éstas.

El término “libación”, Éxodo 29.40, es la traducción del hebreo *nesek*, una palabra cuya raíz significa el acto de derramar. El derramamiento de un líquido era un método reconocido de propiciar un dios entre las naciones paganas.

En Daniel 2.46 Nabucodonosor ordenó que Daniel fuese adorado por medio de una libación. En su apostasía, Israel había copiado prácticas de los paganos en derramar sobre sus azoteas ofrendas a dioses falsos y a la hueste del cielo, Jeremías 32.29. Por esto recibieron el justo juicio de Dios en la forma de los caldeos enviados en su contra. Se decía que el dios al cual se dirigía la ofrenda bebía el vino de su libación; Deuteronomio 32.38.

El primer ejemplo de una libación se encuentra en la vida de Jacob. En Génesis 35.14 se cuenta que derramó una libación sobre el obelisco de piedra que había erigido como memorial en la ocasión cuando Dios habló con él. Para su adoración en esta ocasión él empleó aceite. Antes, al haber dejado casa paterna, él vació aceite sobre la piedra que usó de cabecera en la noche en que Dios le habló; Génesis 28.18. David es otro que ofreció una libación. Él recibió el agua del pozo de Belén, por la cual hombres habían arriesgado la vida. Él la vació en tierra como ofrenda a Dios, 2 Samuel 23.16.

Vemos, entonces, que *nesek* se utiliza para las libaciones en general y también como el término técnico para describir el acto de derramar vino sobre dos ofrendas de olor grato, el holocausto y la ofrenda de paces, como Dios ordenó. Entendemos que no se realizaba este paso con los sacrificios por el pecado. La aplicación más frecuente bajo el procedimiento levítico parece haber sido en relación con el holocausto, donde estaba asociada estrechamente con la oblación. Parece que no era permitido ofrecer holocausto sin estas dos ofrendas subsidiarias.

Es llamativa la omisión de la libación en Levítico 1 al 6, y la explicación se encuentra en Números 15.2. La ordenanza fue dada para cuando Israel entrara en la tierra, ya que en el desierto el vino no estaría disponible en cantidades adecuadas.

Los materiales

Se empleaban varios materiales para una libación. Jacob derramó aceite, el emblema de grosura, como expresión de la abundancia que había recibido de Dios. David vació en tierra agua, ofreciendo a Dios el servicio que aquellos hombres habían prestado al poner a riesgo sus vidas.

El salmista habla de libaciones de sangre de parte de Israel en su idolatría, Salmo 16.4. Tal vez la referencia sea realmente a sangre, ya que algunos ofrecieron sacrificios humanos a Moloc y Quemis. Alternativamente, se ha podido hablar en figura del vino, que es la sangre de la uva, Deuteronomio 32.14. O, la libación de sangre puede ser una manera metafórica de expresar que el oferente tenía las manos manchadas de sangre.

Dios ordenó que la libación para Él fuera de vino, Éxodo 29.40, llamado “vino superior” en Números 28.7 por ser el mejor que el israelita poseía. El vino alegra el corazón del hombre, Salmo 104.15, pero embriaga a quien lo tome en exceso, Proverbios 23.29,30.

El vino, evidencia de la bendición de Dios, Génesis 27.28, se emplea en las Escrituras como emblema del gozo, ya que alegra a Dios y al hombre, Jueces 9.13. Así, la libación le

complacía a Dios; le era de olor grato, Números 15.7. En Oseas 9.4 el profeta dijo que Israel dejaría de presentar sus libaciones de vino y por esto no agradaría a Dios.

La libación expresaba también el placer del oferente en ofrecer su sacrificio. Con todo, no podemos pasar por alto que los efectos adversos de tomar un exceso de vino lo señalan como símbolo de la ira, Apocalipsis 14.10. Esto lo experimentaba el animal mientras el fuego lo consumía.

El rito

No había un procedimiento extenso para la libación. Ella consistía en derramar diversas cantidades de vino según fuera el sacrificio, Números 15.5,7,10. Con un cordero se ofrecía la cuarta parte de un hin (aproximadamente 1,5 litros); con un carnero, la tercera parte de un hin; con un novillo, medio hin. Los diferentes valores ofrecidos eran indicio de diferentes apreciaciones de parte del oferente. Mientras mayor la ofrenda, mayor la complacencia de Dios en el sacrificio.

Se medía la cantidad en el lugar santo, y Números 28.7 explica que se lo hacía ante Jehová. Con este fin se guardaban vasos de oro sobre la mesa de los panes, Éxodo 37.16, Números 4.7, “los tazones para libar”. Algunos expositores opinan que se vaciaba el vino sobre el altar de cobre, basándose en Éxodo 30.9: “tampoco derramaréis sobre él [el altar de incienso] libación”. Urías, al levantar un altar falso para Acaz, derramó su ofrenda sobre el altar; 2 Reyes 16.13.

Sin embargo, entendemos de Levítico 23.18 que se vaciaba la libación más bien sobre la porción del animal que se quemaba; era parte de la ofrenda encendida y a menudo se conceptúa como parte del sacrificio; Números 15.5,11,12. El sacerdote nunca consumía la libación; todo era para Dios. El derramamiento significaba la devoción del oferente a Jehová.

La enseñanza expuesta

La libación, al igual que las demás ofrendas levíticas, nos enseña lecciones sobre la obra del Señor en el Calvario. Simboliza el gozo que el Padre recibió de la muerte de su Hijo.

Cristo era siempre el placer del Padre, sea en la creación, Génesis 1.31; en la encarnación, Hebreos 10.6 al 9; en los años de su humanidad en privado, Lucas 2.52, 3.22; en su servicio, Mateo 12.18. Pero fue de su muerte que el Padre recibió mayor honra. Le plugo que Uno tan capaz fuese dispuesto a llevar el juicio de la criatura. Con gozo el Padre le levantó de entre los muertos, le exaltó a la diestra de la Majestad en los cielos y le puso como expiación por los pecados. ¡Qué delicia le era el Señor Jesucristo a Dios!

La ofrenda de la libación también dio expresión a la complacencia del oferente. Así, a Cristo le agradó ofrecerse por los pecados nuestros. “El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado”, Salmo 40.8. Vemos en el vino en este sacrificio un símbolo de la ira que Jesús padeció en el Calvario, cuando Dios vació sobre Él la ira que nos correspondía a nosotros.

Pero el Nuevo Testamento enseña otra lección de la libación. Escribe Pablo en Filipenses 2.17: “... aunque sea derramado en libación sobre el sacrificio y servicio de vuestra fe, me gozo y regocijo con todos vosotros”. Él concebía como un holocausto lo que los creyentes en Filipos hacían, y su propia actividad como la libación vaciada sobre aquel sacrificio y servicio. Esto le contentaba al apóstol.

En el Antiguo Testamento la libación expone el placer del israelita en su deseo de ofrecerse, dando sus energías y fuerza en el servicio de Dios. No es tanto el asunto de derramar la vida hasta la muerte, sino de mirar por lo de los demás, como Pablo exhortó en Filipenses 2.4.

Así, en el 2.17 la libación da a entender algo al estilo de Romanos 12.1, o sea, un sacrificio *vivo*. Este derramamiento se ve desde otro ángulo en 2 Timoteo 4.6: “Yo ya estoy para ser sacrificado”. Aquí sí es cuestión del martirio por la causa de Cristo. El escritor describe la cercanía de su partida como habiendo sido él derramado ya. Vemos, entonces, que el apóstol veía tanto su vida activa como su muerte como una libación.

Todo esto lo encontramos en la vida y muerte de Cristo. En vida Él no vino a ser servido, sino para servir. Su gozo estaba en ver a los discípulos suyos unidos en amor, Juan 15.10 al 12, alumbrados espiritualmente, Lucas 10.21. En su muerte también el Señor Jesucristo tenía un gozo puesto por delante, y era el de llevar muchos hijos a la gloria. Le hizo sufrir la agonía del Calvario y menospreciar el oprobio, Hebreos 12.2; le hizo derramar su vida hasta la muerte, Isaías 53.12.

La experiencia del Señor Jesucristo, como está ilustrada en la libación, es un ejemplo para los creyentes hoy día. Que tengamos nosotros el gozo de derramar la energía de nuestras vidas en bien de los demás, ayudándoles de esta manera a servir y adorar a Dios. Que estemos nosotros dispuestos, como lo eran el Señor y Pablo, a derramar nuestras vidas aun hasta la muerte para la gloria de Dios, el que nos amó y planificó una salvación tan grande. Jamás podremos compensar semejante amor, pero nuestros corazones sí pueden responder en sinceridad:

¿Qué podré yo darte a ti a cambio de tan grande don?
Es todo pobre, todo ruin; toma, oh Señor, mi corazón.

Hemos terminado nuestro estudio de las ofrendas, encontrando en ellas a Cristo en sus diversos atributos. Hemos aprendido apreciar que su obra en el Calvario es por demás comprensiva y amplia en sus efectos. Vemos en ella la limpieza de la ofrenda para la expiación que nos prepara para la presencia de Dios. La cruz despliega la ofrenda para la restitución como cancelando el precio que nuestro pecado demandaba.

El Calvario nos habilita para adorar a Dios. Podemos presentar la obra de la cruz como holocausto suficiente, confiados de que Dios lo aceptará. Comprendemos la vida de Cristo al captar los detalles de la oblación. En comunión con Dios y el uno con el otro, participamos de Cristo como nuestra ofrenda de la paz, habiendo pasado Él por el fuego del Calvario por cuenta nuestra. Nos regocijamos en esta participación, y a Dios le llega olor grato de ella.

Así, pues, apreciemos más al Señor Jesucristo y su ofrenda en la cruz desde la perspectiva de las ofrendas, ya que ellas enseñan detalles que de otra manera podríamos pasar por alto. Viéndole a Él a través del Levítico, más nos daremos cuenta de lo que ha hecho a favor nuestro y de nuestros deberes y privilegios al andar con Él.

Rasgóse el velo, ya no más distancia mediará,
Al trono mismo de su Dios el alma llegará.
Rasgóse el velo. ¡Sombras, id! La luz resplandeció.
La cara misma de su Dios Jesús ya reveló.
Rasgóse el velo, hecha está eterna redención;
El alma pura y limpia ya no teme perdición

Rasgóse el velo; Dios abrió los brazos de su amor.
Entrar podemos donde entró Jesús, el Salvador.
El Salvador sentado está en alta majestad;
Purgados los pecados ya según la santidad.
Entremos, pues. ¡Oh! adorad al Dios de amor y luz;
Las preces y las gracias dad en nombre de Jesús

James G. Deck; traducido por C.H. Bright

Las fiestas solemnes de Jehová

J.B. D. Page, Harrow, Reino Unido

Véase el esquema sobre estas “fiestas” en el documento [806](#)

Levítico capítulo 23 desarrolla, a manera de tipo o figura, el plan divino de la redención para tanto judío como gentil desde la eternidad hasta la eternidad. Las santas convocaciones tratadas allí son sólo una de varias series e incidentes en la tipología bíblica. Otras son, por ejemplo, el paso del Mar Rojo, el maná y la peña golpeada. Son experiencias en Israel que nos sirven de ejemplos, como consta 1 Corintios 10.11. Son a la vez partes del Antiguo Testamento que fueron escritas para nuestra instrucción, como nos recuerda Romanos 15.4.

El título “fiestas de Jehová” no se refiere a banquetes o festivales (la palabra hebrea es otra), sino a un encuentro previamente establecido. Las que nos interesan no eran reuniones con Elohim, el Dios creador, sino con Jehová, aquel que tenía pacto con su pueblo Israel con base en su salvación. Por esto Él dispuso siete convocaciones anuales.

En los días de Cristo se había perdido este título junto con su sentido, debido al alejamiento espiritual de la nación de Israel, y por lo tanto leemos de las fiestas “de los judíos”, Juan 2.13, 5.1, 6.4 y 11.55. Se guardaba la forma exterior, pero sin la comunión espiritual. Tengamos cuidado nosotros mismos a no ser como aquellos que “tendrán la apariencia de la piedad, pero negarán la eficacia de ella”.

Levítico 23 se divide en cinco partes de diferentes longitudes, cada una comenzando con “habló Jehová a Moisés diciendo”. Ningún otro libro de la Biblia contiene tantos dichos de Jehová; treinta y seis veces en este libro se declara que “habló Jehová”. En esta ocasión no habló desde la cumbre del Sinaí, como había hecho en Éxodo 19, sino “desde el tabernáculo de reunión”; Levítico 1.1. [De aquí en adelante las referencias serán a Levítico, salvo indicación en contrario].

A veces el Señor hablaba a Moisés y Aarón juntos, como en el 13.1, o a Aarón solo, 10.8, y en otras ocasiones a Moisés para que transmitiera el mensaje a los sacerdotes, 21.1. De las cinco veces que le habló a Moisés en esta narración, cuatro fueron para que él a su vez informara al pueblo de lo que había oído, pero la cuarta vez que habló, fue a Moisés solo, 23.26 (compárense 5.14, etc). y él no repitió el mensaje a otros.

Los cinco mensajes en el capítulo 23 son:

vv 1 al 8

el sábado de reposo, la pascua y los panes sin levadura

vv 9 al 22

las primicias y el pentecostés

vv 23 al 25

las trompetas

vv 26 al 32

el día de expiación

vv 33 al 44

los tabernáculos con el otro día de reposo

Los primeros dos mensajes tratan de dos fiestas cada uno y los otros mensajes de una fiesta cada uno.

Parece que Pablo alude a estas convocaciones y otros eventos, y a la vez define su significado espiritual, cuando escribe en Colosenses 2.16 *et seq*:

días de fiesta anuales
luna nueva mensuales
días de reposo semanales
sombra de lo que ha de venir (a saber) Cristo

Ahora bien:

La pascua y los panes sin levadura hablan de Cristo
y el cristiano.

Las primicias y el pentecostés hablan de Cristo y la Iglesia universal.

Las trompetas, la expiación y los tabernáculos señalan adelante a Cristo e Israel.

La enseñanza de todas siete se resume en un solo término: la redención. Es como correr una cortina para dejar ver todo el drama de la redención en forma ilustrativa desde su comienzo en la eternidad pasada a su curso en el tiempo presente y hasta la eternidad venidera.

Las primeras cuatro fiestas son típicas de la doctrina de la redención y las últimas tres de la profecía sobre la redención. O sea, vemos primeramente a Cristo en relación con su pueblo celestial, la Iglesia, y luego vemos a Cristo en relación con su pueblo terrenal, Israel, en un tiempo todavía futuro.

Presentamos un diagrama (806) que consta de un cuerpo superior y otro inferior. En la parte superior presentamos el tipo, o sea, las fiestas como se mencionan en Levítico. En la parte inferior presentamos el antitipo, es decir, la aplicación o enseñanza que encontramos en otras partes de las Escrituras. Si quiere, el cuerpo superior del diagrama muestra “la sombra de lo que ha de venir” y el cuerpo inferior lo que venía para la Iglesia e Israel.

El sábado, v. 3. Es extraño pero significativo que el capítulo comience con la orden de guardar el sábado. Este día de reposo sugiere la eternidad. Queda un reposo para el pueblo de Dios, Hebreos 4.9. La redención fue concebida en la mente de Dios antes de la caída del hombre y la entrada del pecado en el mundo. “Antes que naciesen los montes y formases la tierra y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios”, Salmo 90.2. Por esto presentamos la eternidad pasada como el comienzo de la serie.

La pascua, vv 4,5, fue para Israel un recordatorio constante de su redención de Egipto. Para el cristiano, señala la cruz de Cristo, y Pablo expresa en 1 Corintios 5.7 que “nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros”. En contraste con el cordero pascual sacrificado anualmente, nuestro Cordero, el ascua de Dios, no será sacrificado de nuevo. Muerto una vez por todas, Él ha obtenido eterna redención, Hebreos 9.12.

La fiesta de los panes, vv 6 al 8, se prolongaba por siete días y en ese lapso no se encontraba levadura en las casas de los israelitas. Para nosotros esto es simbólico de la conducta cristiana con su énfasis en una vida de santidad.

Para el cristiano la prohibición de la levadura, impuesta sobre esa gente de antaño, es una ilustración de la separación práctica del mal y de la influencia malsana del mundo. Así como esta fiesta se prolongaba por siete días, un ciclo entero, también su significado espiritual de la separación al Señor y una vida de santidad debe caracterizar al creyente a lo largo de su carrera, y no esporádicamente. Reza 1 Corintios 5.8: “Celebremos la fiesta [la vida día a día],

no con la vieja levadura, ni con la levadura de malicia y de maldad, sino con panes sin levadura, de sinceridad y de verdad”.

La pascua se celebrada por sólo un día y esta fiesta seguía de inmediato, pero luego no había otra hasta la de las primicias de la primera siega, cuya fecha se determinaba en función de la de la pascua. Esto nos hace ver que la vida de separación de parte del creyente es una consecuencia de la cruz de Cristo y se realiza en el poder de su resurrección.

La fiesta de las primicias, vv 9 a 14, era de un solo día, celebrada al comienzo de la siega de la cebada. Desde luego, no tenía aplicación en el desierto, sino una vez entrado el pueblo en Canaán. Se presentaba al sacerdote “una gavilla por primicias de los primeros frutos” de la cosecha anual para que fuese medida delante de Jehová. Esto nos habla de la resurrección de Cristo. El Nuevo Testamento interpreta la figura en 1 Corintios 15.20 al 23: “Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho ... Cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida”. Aquella gavilla era evidencia de que la siega en pleno se acercaba, y la resurrección de Cristo es un aval de que los muertos en Cristo serán resucitados en su venida.

La fiesta de pentecostés, vv 15 al 22, es llamada también la de las semanas, porque se celebraba al día siguiente de las siete semanas (cincuenta días; *pentecostés* significa cincuenta) después de la fiesta anterior; a saber, al final de la siega del trigo. Para observar esta ceremonia, se cocían dos panes de trigo con levadura, “como primicias para Jehová”. Eran también una ofrenda medida. Así como en otras fiestas, se sacrificaban animales a la vez.

Hechos 2.1 al 4 dice que “cuando llegó el día de Pentecostés ... fueron todos llenos del Espíritu Santo”. La Iglesia fue constituida en esa ocasión. Esta convocación levítica es, entonces, una profecía de la venida del Espíritu Santo para formar la Iglesia universal, o total. ¿Y por qué dos panes? El hecho que hayan sido dos indica la diversidad con unidad de la Iglesia, por cuanto tanto los judíos como los gentiles — separados en aquel entonces — han sido bautizados en un cuerpo espiritual por el Espíritu, 1 Corintios 12.13. El único aditivo permitido era la levadura, pero inactiva una vez cocida. Esto es ilustrativo del mal que hay en los miembros de la Iglesia que están todavía sobre la tierra, pero juzgado, suprimido.

Estas cuatro fiestas se celebraban en los primeros tres meses del año y no se celebraba ninguna en los tres siguientes. Este lapso sin santas convocaciones es representativo de la edad en la cual vivimos. Por un lado, los judíos están dispersados entre las naciones gentiles. Por otro lado, Dios está tomando para sí un pueblo de entre las naciones sin distinción de que las personas sean gentiles o judíos. Esta edad terminará con el raptó de la Iglesia para el encuentro con el Señor en el aire; 1 Tesalonicenses 4.13 al 18.

La fiesta de las dos trompetas, vv 23 al 25, era la primera del segundo grupo. Estas últimas tres se celebraban en el séptimo mes del año y parece que cada una de ellas señala adelante a un gran acontecimiento profético concerniente a Israel.

El evento era de un solo día y se distinguía por el toque de trompetas para convocar al pueblo a congregarse, Números 10.12. Se perciben aquí (1) el regreso de los judíos a su territorio prometido, y (2) su unificación una vez en la tierra.

Después de siglos de exilio en tierras ajenas, el pueblo de Israel será restaurado a la suya: “Acontecerá también en aquel día, que se tocará con gran trompeta, y vendrán los que habían sido esparcidos en la tierra de Asiria, y los que habían sido desterrados a Egipto, y adorarán a Jehová en el monte santo, en Jerusalén”, Isaías 27.13. “Enviaré sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro”, Mateo 24.31.

El reino se dividió en dos una vez muerto Salomón y posteriormente las dos naciones — la del sur y la del norte — fueron dispersadas por separado, de manera que habrá no sólo un regreso, sino una unificación también. “Haré una nación en la tierra, en los montes de Israel, y un rey será a todos ellos por rey; y nunca más serán dos naciones, ni nunca más serán divididos en dos reinos”, Ezequiel 37.22. Hoy por hoy Israel es un Estado con un Presidente, pero será un Reino con el Mesías como su Rey.

El día de expiación figura en vv 26 al 32, pero sin mención en este capítulo 23 de la entrada del sumo sacerdote en el lugar santísimo que se registra en el capítulo 16. Este párrafo se enfoca sobre el pueblo solamente, quienes no deberían trabajar ese día, sino reconciliarse delante de Jehová. Si la fiesta de trompetas es nacional en su carácter, la de la expiación es espiritual.

El ritual de esta fiesta señala la contrición futura de Israel y su conversión. Los judíos volverán a su tierra en incredulidad (la migración que se realiza actualmente es preliminar) pero se cumplirá Zacarías 12.10: “Derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, espíritu de gracia y de oración; y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito”.

En aquel arrepentimiento todavía por verse, cuando a título de nación Israel contemplará a su Mesías en su gloria, pero llevando aún las huellas del Calvario, ellos no lamentarán que Él haya venido, sino se arrepentirán ante el hecho de su venida. Pero sólo un remanente lamentará de veras: “Meteré en el fuego a la tercera parte, y los fundiré como se funde la plata, y los probaré como se prueba el oro. El invocará mi nombre, y yo le oiré, y diré: Pueblo mío; y él dirá: Jehová es mi Dios”, Zacarías 13.9. “Ha acontecido a Israel endurecimiento en parte ... Todo Israel será salvo, como está escrito: Vendrá de Sion el Libertador, que apartará de Jacob la impiedad”, Romanos 11.26.

La fiesta de los tabernáculos, vv 33 al 34, era la de mayor duración porque ocupaba siete días con un octavo agregado, v. 36. La rutina era diferente de la de otras fiestas, por cuanto el pueblo dejaba sus hogares para vivir en estructuras temporales (“tabernáculos”) hechas de las ramas de palmeras y otros árboles. Las levantaban sobre la platabanda de la casa o en las calles. De esto se habla en Nehemías 8.13 al 18. Era una ocasión de regocijo delante del Señor.

Proféticamente, esta fiesta pronostica la gloria y el regocijo del reinado milenar del Mesías sobre la tierra. Eran los israelitas naturales, o nativos, que habitaban en estos cubículos, v. 42, y así los espiritualmente renacidos serán los principales beneficiarios según Isaías 66.8: “¿Nacerá una nación de una vez? Pues en cuanto Sion estuvo de parto, dio a luz sus hijos”.

Los beneficios para Israel serán múltiples, pero aquí destacaremos dos: la prosperidad y la preeminencia.

En el 32.10 de su profecía, Isaías predice la desolación y la pobreza que sobrevendrá al pueblo y su tierra (como efectivamente fue el caso a partir de la caída de Jerusalén en el año 70). Pero profetiza también la prosperidad sin precedente que le espera a esa misma tierra: “... hasta que sobre nosotros sea derramado el Espíritu de lo alto, y el desierto se convierta en campo fértil, y el campo fértil sea estimado por bosque ...” Entre otros cambios, la enorme abundancia química del Mar Muerto beneficiará a los pueblos gentiles que gravitarán a Jerusalén. “Ensanchará tu corazón, porque se haya vuelto a ti la multitud del mar, y las riquezas de las naciones hayan venido a ti”, Isaías 60.5.

Es en sí un milagro que se haya constituido ya el Estado de Israel, pero en el milenio su status será otro. “Jehová tu Dios te exaltará sobre todas las naciones de la tierra. Te pondrá

Jehová por cabeza, y no por cola; y estarás encima solamente, y no estarás debajo”, Deuteronomio 28.1,13. ¿Qué de predominio político le espera a Israel cuando Cristo tome las riendas del poder!

Volviendo ahora al octavo día de esta fiesta de tabernáculos, notamos que el sábado está mencionado en vv 36 y 39 aparte de los siete días. [La Versión Moderna emplea bastardillas al decir que era “*otra* convocación”]. No era permitido laborar, sino guardar reposo de nuevo. Proféticamente, se ve más allá del milenio. Este “último y gran día de la fiesta”, Juan 2.37, predice el Día de la Eternidad cuando el Tiempo cederá lugar a la Eternidad según Apocalipsis 21.1 al 8.

El día de la expiación en su carácter profético



Srta. Ada R. Habershon

Antes de ver la enseñanza del día de la expiación sería conveniente resumir brevemente los eventos listados en Levítico capítulo 16 en relación con ese rito.

Las ofrendas peculiares eran: (a) un becerro para Aarón y sus hijos y un carnero para holocausto; (b) dos chivos (“machos cabríos”) para la congregación y un carnero para holocausto.

El procedimiento, casi todo de parte del sumo sacerdote, era:

- matar el becerro;
- presentar los chivos a la puerta del tabernáculo;
- echar suertes sobre estos dos animales (el uno moriría “para Jehová” y el otro saldría libre al desierto);
- ofrecer incienso en el lugar santísimo, junto con la sangre del becerro;
- presentarse el sumo sacerdote y matar el carnero suyo;
- entrar de nuevo el sumo sacerdote en el lugar santísimo;
- presentase él de nuevo, vestido aún en su uniforme sencillo de lino fino, habiendo efectuado expiación por la congregación; despachar el segundo chivo al desierto;
- volver el sumo sacerdote al lugar santísimo para vestirse de su uniforme de gala;
- ofrecer los holocaustos.

Hay dos líneas de aplicación e interpretación en toda la serie de “fiestas”, o convocaciones santas bajo el régimen levítico; a saber, para la Iglesia en esta dispensación y para Israel.

El apóstol Pablo enseña que la pascua, por ejemplo, es para “para nosotros” al escribir que Cristo nuestra pascua fue sacrificado por nosotros, 1 Corintios 5.7, y que aun la fiesta de panes sin levadura es un tipo de lo que debería ser la vida cristiana, ya que él añade, “Celebremos la fiesta, no con la vieja levadura ...”, etc.

De la misma manera el día de la expiación es “para nosotros”. Podemos estudiarlo de tres maneras:

- Como enseñanza ilustrativa para el creyente en Cristo en estos tiempos.
- Como una ilustración de toda esta presente dispensación de gracia, aplicando las varias partes del rito a la muerte, intercesión y regreso del Señor Jesucristo
- Como una ilustración del final de esta dispensación, primero con referencia la Iglesia y luego con referencia a Israel. Esta interpretación se basa en el lugar que el día de expiación ocupaba en el calendario de aquella gente.

No vamos a demorarnos mucho ante la primera de estas tres aplicaciones, a saber, Levítico capítulo 23 como una ilustración de la obra expiatoria de Cristo, ya que en este escrito nos interesa mayormente el aspecto profético. Sin embargo, antes de proceder al futuro, vamos a

mencionar que el día de la expiación es uno de esos casos donde se requieren dos figuras para ilustrar dos lados a la obra del Señor:

- Uno de los chivos habla de su muerte, o sea, la expiación nuestra; el otro habla de la reconciliación que Él ha efectuado, ya que habiendo muerto, vive.
- El leproso, al ser limpiado, tenía que traer dos aves. La una moría y la otra volaba libre, llevando sobre sí la sangre de la primera. Sirven para ilustrar la muerte y resurrección de Cristo.
- Leemos del cruce del Mar Rojo y luego del cruce del río Jordán; son dos aspectos de una misma verdad.
- Hubo el tabernáculo y luego el templo, parecidos en parte pero muy diferentes también.

La ofrenda para la congregación en el día de la expiación era para todo el pueblo, pero a la vez moría cualquiera que infringiera adrede el mandamiento a no trabajar ese día; véanse Levítico 16.29 al 31, donde se define el día como de reposo, y Números 15.30 al 35, donde se enfoca la violación como tener en poco la palabra de Jehová. Nos hace recordar que la expiación que la muerte de Cristo compró es suficiente para todos, pero no se disfrutaron de ella aquellos que rechazan su oferta.

Todos estos tipos — a saber, los ritos moisaicos — eran sombra de los bienes venideros, pero no la imagen misma de ellos, Hebreos 10.1, ya que nunca pueden hacer perfectos a los que se acercan a Dios. O, en el lenguaje del 10.4 un poquito más abajo, “la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados”. Es que bajo el régimen antiguo el pecado nunca fue quitado en realidad, sino alejado del pueblo hasta que viniera Cristo. Él no sólo tomó sobre sí la carga de la transgresión, sino también purgó de un todo aquella transgresión.

Veamos el día de expiación como una figura de toda esta presente época, la que hemos llamado la dispensación de la gracia. Nos enfocamos sobre los tres momentos sobre-salientes del rito:

- la sangre del primer chivo derramada
- el incienso y la sangre introducidos dentro del lugar santísimo
- la presentación del sumo sacerdote para bendecir al pueblo.

Hebreos 9 alude a estos movimientos como ilustraciones de tres manifestaciones del Señor Jesucristo:

- en el pasado: “En la consumación de los siglos, se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado”, 9.26
- en el presente: “Entró Cristo ... en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios”, 9.24.
- en el futuro (muy pronto, esperamos): “Aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan”, 9.28

El día de expiación nos habla, entonces, del Ayer a la cruz, del Hoy en su intercesión y del Mañana de su venida.

Antes de pasar a la parte más difícil de nuestro tema, deseo mencionar que las palabras finales de Hebreos 9 no enseñan, como algunos piensan, que solamente los que realmente esperan al Señor en ese momento van a ser arrebatados para encontrarle a Él en el aire. Un

estudio de los tipos bajo la Ley muestra exactamente lo opuesto, ya que el sumo sacerdote salió en bendición para todos aquellos a favor de quienes había introducido la sangre velo adentro.

Prosiguiendo con el enfoque dispensacional del día de la expiación, observamos que se dividía en dos partes. Había la ofrenda del becerro para Aarón y los suyos, y había la ofrenda de los chivos para toda la congregación.

En diversas maneras la familia sacerdotal de Aarón es un tipo de la Iglesia en esta dispensación, y por lo tanto podemos aplicarnos la primera parte de la ceremonia aquel día a nosotros mismos, recordando que los dos chivos — el de Jehová y el que se marchaba libre — eran la provisión divina para Israel.

Nos sorprende darnos cuenta de que el día de la expiación tenía lugar en el mes séptimo de año religioso, y no en el primero. (Era el primer mes del año civil). No era el comienzo de meses, como lo era la pascua, aun cuando nosotros diríamos que la muerte expiatoria de Cristo es la base de todo. El hecho de ubicar el día de la expiación mucho después en el calendario religioso muestra que esa ceremonia representa algo más que la verdad fundamental de la obra expiatoria del Calvario.

La muerte de Cristo en sí tuvo lugar hace diecinueve siglos ya, pero todavía no se ha visto la plena realización de lo que esa muerte realizó a favor de la Iglesia y a favor de Israel. A lo largo del año el israelita había estado trayendo su ofrenda por el yerro y por el pecado, pero quedaban entre el pueblo en conjunto muchas transgresiones por las cuales no se había efectuado ofrenda alguna; había el cúmulo de los pecados del año no confesados, más los pecados de ignorancia que la gente ni tenía en mente, más los pecados colectivos de la familia y de la congregación. El día de la expiación atendía especialmente a estos pecados.

Cito del *Jewish Daily Prayer Book* que judíos utilizan al pedir perdón aun en estos tiempos: “... por los pecados que hemos cometido ante Ti inconscientemente ... y también por los pecados para los cuales debemos holocausto, y por los pecados que requieren sacrificio ... y por todos los pecados manifiestos o no a nosotros. Los pecados que sean manifiestos a nosotros que ya te hemos declarado y confesado, como también aquéllos que no nos sean manifiestos, son conocidos a ti conforme a la palabra que ha sido dicha en las cosas secretas que pertenecen a Jehová”.

Así, viendo el día de la expiación a la luz de su lugar en el calendario — meses después de la pascua, posterior a la fiesta de los panes sin levadura y aun de la presentación de las primicias de la tierra y todo lo que aquellas ceremonias representan para nosotros — ¿no discernimos en él un tipo del tribunal de Cristo? Era en el día de la expiación que el pueblo veía que Dios había hecho provisión para todos sus pecados, y será en el tribunal de Cristo que nosotros los creyentes veremos que entera satisfacción fue dada por todos nuestros pecados, tanto los confesados como los no confesados, los conocidos como los no conocidos.

El rito del día de la expiación fue precedido del toque de las trompetas de plata descritas en Números capítulo 10. Con ellas se convocaba al pueblo a reunirse. [La fiesta de trompetas se celebraba el primer día del mes séptimo, y la de la expiación el día 10 del mismo mes, Levítico 23.24,28]. Tenemos aquí una profecía de la trompeta de 1 Tesalonicenses 4.16, cuando la trompeta de Dios convocará a todos los miembros de la Iglesia a congregarse en torno del Señor: “El Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor”.

En Israel las trompetas de plata y las bocinas de cuernos de carnero* tenían funciones muy diferentes. El sonido de la trompeta era ciertamente un llamamiento al arrepentimiento, pero no un anuncio de castigo o guerra. La trompeta de Dios según Tesalonicenses será ciertamente la señal para concentrarse la Iglesia, y el tribunal de Cristo tendrá lugar inmediatamente después, pero el Señor nos informa que galardones serán repartidos en “la resurrección de los justos”, Lucas 14.14. [*Éxodo 20.18, Josué 6.4, etc].

Al considerar la otra línea de las verdades proféticas, su cumplimiento en Israel, vemos claramente que el día de la expiación representa el arrepentimiento nacional de ese pueblo, su reconocimiento del Mesías y el sentido de la obra suya. En el día de expiación la nación entera debía humillarse ante Dios, Levítico 16.31, 23.27. Esto predecía Zacarías 12.10 al 14: “Derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, espíritu de gracia y de oración; y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito. En aquel día habrá gran llanto en Jerusalén ... y la tierra lamentará, cada linaje aparte ...”

Es a esa ocasión que se refiere Isaías capítulo 53 en su sentido primario. El pueblo de Israel mirará atrás a cuando rechazaban a su Mesías. Lamentarán lo que habían hecho pero se regocijarán al reconocer que “Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros”. Él puso su vida en expiación por el pecado, así como el primer macho cabrío en el día de la expiación; Él lleva las iniquidades del pueblo, así como hizo el segundo chivo aquel día.

Son extensas las instrucciones acerca de la vestimenta del sumo sacerdote en las diferentes etapas de la ceremonia de Levítico 16. Se quitaban sus vestiduras para honra y hermosura [Así se llaman en Éxodo 28.2] antes de entrar en el lugar santísimo, para usar aquéllas de lino blanco. Al aparecer de nuevo y confesar los pecados de la nación sobre la cabeza del segundo chivo, estaba aún en esta vestimenta sencilla; tenía que volver al lugar santo (el salón mayor de los dos) para vestirse de nuevo de la hermosa vestimenta de Éxodo 28. De nuevo desapareció de la vista del pueblo antes de manifestarse de nuevo para bendecir.

Hebreos 9 habla del antitipo [la realidad que la figura ilustra], afirmando que el Señor “aparecerá por segunda vez sin relación con el pecado [o sea, aparte del pecado] para salvar a los que le esperan”. Cuando el sumo sacerdote se presentó en sus vestiduras para honra y hermosura, la cuestión del pecado había sido resuelta.

¿Qué significa el intervalo entre estas dos manifestaciones, o sea, cuando salió vestido de lino fino al haber presentado la sangre velo adentro, y cuando salió en sus vestiduras hermosas? Sugiero que puede hacernos entender que el Señor aparecerá varias veces en relación con su venido a la tierra en gloria para Israel; o sea, que la nación le va a ver y reconocer a su Mesías antes que Él se presente de manera definitiva para establecer su reino. Esta es una posibilidad que amerita estudio.

Hay muchos eventos profetizados en relación con el regreso del Señor para Israel, y parece imposible que todos se realicen simultáneamente. Es posible que abarquen un lapso mayor de lo que generalmente se supone. Se nos ha enseñado usualmente que el reino será establecido inmediatamente al concluir la semana 70 de la profecía de Daniel, pero hay varios pasajes que sugieren un intervalo. Uno de ellos, Daniel 12.11, habla de 1290 días en vez de 1260. En Ezequiel 39 hay un período de siete meses cuando Israel sepulta los cadáveres de sus enemigos y limpia la tierra. Posiblemente Mateo 24.30 da a entender una doble manifestación, ya que inmediatamente después de la tribulación y la señal del Hijo del Hombre en el cielo, lamentarán todas las tribus, pero luego dice de nuevo que verán al Hijo del Hombre, esta vez viniendo sobre las nubes del cielo con gran poder y gran gloria.

Después de su resurrección, durante los cuarenta días antes de la ascensión, en diversas ocasiones el Señor “se presentó vivo con muchas pruebas indubitables”, Hechos 1.3. Posiblemente Él se manifestará a Israel de la misma manera antes de establecer su reino.